

José Balza

UN HOMBRE DE ACEITE

*(Fábula)*

A Xiomara Moreno

*Algunos aseguran que la tierra ha tenido  
fiebre...(I,III)*

*Para engañar al mundo, pareced como el mundo.  
(I,V)*

*...la memoria, ese centinela del cerebro, no será en  
ellos más que humo. (I, VII)*

**W.S: Macbeth**



I

## 1 (*Primera tarde*)

Está inmóvil entre dos ciudades y una de ellas debe ser definitiva: esconde su futuro. Hace una semana comprendió todo y decidió; por eso está aquí.

Por eso se permite la mañana entera, antes de la cita, para realizar un raro paseo vertical: desde los primeros pisos hasta la gerencia. No quiso desobedecer al vivo deseo nacido anoche y recorre con cierta lentitud los primeros escalones.

El taxi acaba de dejarlo en la puerta oeste del edificio. El sol vibrante lo deslumbró un poco al levantar la cabeza: los mismos siete pisos de hace

mucho tiempo, aunque al lado la torre modernísima los achata. En dos ocasiones la Presidencia ha estado en ella. El actual jefe ha vuelto a traerla a este lado. Hace mucho parecía una construcción alta pero ahora el edificio de la gran Compañía se encoge, junto a tantas moles de vidrio y concreto desmesuradas.

Atraviesa con naturalidad el casi invisible cordón de seguridad: pantallas y rostros, vigilantes de apostura poderosa. Es tan conocido allí. Toma la escalera. El ascensor le restaría duración a este placer ingenuo. Alcanza el primer piso, camina hacia las oficinas cubiertas por enormes cristales y allá, dentro de la rápida luz que combina la iluminación de afuera y la de adentro, ve moverse al equipo actual. Primero, un escritorio casi aéreo, con un teléfono de mil pequeñas luces, la pantalla encendida y bloques para tomar notas. Una muchacha sobria parece dirigirse a muchas personas a la vez, con las teclas y con su voz. Casi nada, comparado esto con lo que fue la recepción de antes: muchas secretarias, teléfonos y armazones para colocar carpetas, archivos, tarjetas.

Tras de ella, apta para controlar un vasto tráfico de mensajes que llegan y salen, apenas los lugares de trabajo para seis chicos. Únicamente tres de ellos giran en ese fondo. Cuando él ingresó a la Compañía eran doce, por lo menos. Un jefe de departamento y los mensajeros como flechas, dispuestos a transportar durante todo el día carpetas cerradas con innumerables mensajes. Parecían moverse como en una cadena de ADN: el que subía repartiendo cosas en los escritorios de cada piso, jamás se encontraba con quienes bajaban recogiendo respuestas. Las escaleras y su ágil dibujo humano. Él había sido uno de ellos, un office boy, hace cuarenta y cinco años.

¿Cómo llegó allí? Estaba en cuarto de secundaria y la tía de una amiga le avisó del trabajo. Tal vez la tía misma era secretaria entonces, ya no lo recuerda. Se presentó, fue aceptado. Y comenzó entonces esta vida inverosímil: ganaba más dinero que los compañeros de su barrio que también trabajaban. El horario era estricto: de siete y media a cuatro, con una hora para almorzar.

El venía de otra ciudad o poseía irregulares hábitos de higiene. Una semana después de entrar al departamento, algunos de sus compañeros pidieron secretamente a la farmacia más próxima un desodorante: el pequeño paquete estaba a su nombre y él ignoraba el uso de un producto así. Pagó y comprendió. Nunca perdonó a aquellos otros mensajeros ni al jefe del servicio: pudieron haberle advertido. Era tan simple. Claro, se trataba de andar todo el día con chaqueta, de un departamento a otro, no pensando pero sí saltando de piso en piso. No era frecuente entonces el aire acondicionado. Tal vez esto molestó a la gente de su servicio y produjo la llamada a la farmacia. Pero el procedimiento –se dijo- pudo ser distinto. Había sido humillado.

Se movía entonces entre este piso y el pent-house, cada media hora. Rápidamente fue familiarizándose con las jerarquías y los nombres de los directivos. El jefe máximo era el Señor De Forest, un gringo sobrio y cauto, aunque amable a veces, a diferencia de los otros ejecutivos.

Desde su punto de vista todo era espontáneo y simple: llegaban las carpetas con los mensajes, alguien de Compras respondía o solicitaba información a Administración; alguien de Telecomunicaciones requería un servicio extra, etc.: un tejido en el cual él y los demás mensajeros tenían que ser infalibles y definitivos. Bastaba un error de alguno de los chicos, para

saber que aquella red era interminable y poderosísima: no sólo estaba allí, en el edificio de todos los días, sino que repercutía en Norteamérica y en el Oriente. La tía de su amiga insistió:

-Lo de tus compinches en Planta Baja no tiene importancia. Usa el desodorante y basta. Pero eso sí, ni llegues tarde, como supe que sucedió ayer, ni vuelvas a confundir un sobre: los mensajes –dentro y fuera de la Compañía– son más importantes que Dios. Y eso depende de ustedes.

Luis Samán quiso decirle que él no estaba en Planta Baja, pero ya la señora –al fin y al cabo su protectora– respondía un teléfono. Planta Baja era pura Recepción. Tantos años y las mismas voces parecen resonar tras los cristales. Ya ni su protectora ni el señor De Forest viven. Él mismo llegó a ser un alto ejecutivo de la empresa.

Abandona con cierta sonrisa el primer piso. Se detiene en el segundo: no, aquí no hay nada que recordar. Toma el ascensor y baja en el décimo. Oficina de Personal, todavía. Nervio del equipo. Nervio que lo trató a él con consideración o al menos con respeto. Poco ha cambiado en tantos años: un movimiento perpetuo, una calma calculada: los mismos síntomas que percibió desde que llenó su primera planilla. Por aquí desfilan las biografías, los servicios, los logros, no hay cabida para errores o retrocesos. El ascensor se abre directamente en el departamento. Sólo ingresa allí gente de confianza, como lo ha sido él hasta hoy. De un vistazo percibe también el brillo de las pantallas, la coquetería de nuevas y viejas secretarías, algunos hombres maduros allá atrás. No, no tiene por qué despedirse de nadie. De algún modo ya lo hizo, con su jubilación.

Vuelve al ascensor. La disposición jerárquica es rígida, se ha conservado a pesar de todos los cambios. Cuando el empleado anuncia el piso, en seguida se despliega, otra vez tras los grandes cristales de los extremos, un paisaje magnífico: las avenidas principales de la ciudad, el sol dorando los árboles, un cielo atenuado por el sepia. Está en el corazón de la maquinaria: en ese punto desde el cual emergieron sus días, sus ascensos, su responsabilidad, su triunfo. Debe decir adiós al Presidente y a los VicePresidentes. ¿Cómo negar que les debe gratitud? Es casi la hora de su cita, de la entrevista o la reunión.

No tardará en acudir alguien amable y conocido para llevarlo ante los jefes. Pero Luis Samán no puede evitar la sensación de que cada escalón, cada piso, cada parte de su paseo (y de su despedida hoy) pertenece a una historia general, ajena, indescifrable y determinante, terrible, oculta y pública: la de las Compañías Petroleras.

Viste como en uno cualquiera de sus días laborales: la impecable camisa blanca de algodón, su corbata azul francesa, el saco deportivo también azul, pero más claro, y los pantalones grises. Brillan los zapatos negros. Sabe muy bien que nada anuncia en él su edad: los bíceps fuertes aún distendidos, las piernas firmes, el sólido y delgado abdomen de toda su vida: cuanto Isaka conoce muy bien y que despierta en ella su espontánea descarga de besos, su deseo.

Casi en seguida aparece Magda, sonriente, alta, distinguida. La última (o la más reciente) de las grandes secretarias que atienden el piso superior. Un saludo, comentarios de afecto. ¡Cuántas mujeres eficientes, equilibradas y distantes ha visto Luis Samán ocupar estos cargos!

Magda lo conduce al saloncito previo a la sala de Juntas.

-No sé qué decirle, ingeniero. Si felicitarlo, envidiarlo o hacerle un reproche.

-Todo a la vez, ¿no crees?

-Quizá. Nunca imaginamos que nos dejaría así, completamente.

-Sorpresas que nos da la vida, Magda. Yo soy el primer sorprendido y el primero en estar feliz. ¿Has tenido noticias sobre quien me sustituirá?

-No, ingeniero. Reconozco que ha sido rápida, sino brusca su decisión. Todavía no he escuchado nada al respecto.

-¿Y quiénes están en el la sala?

-¡Ah! Me hace usted violar un secreto. Ya verá. Usted no podía irse de la Empresa de manera desapercibida.

-Gracias.

-No le diré mucho, pero, por supuesto, está el Presidente, el doctor Civini. Uno de los vicepresidentes está en Kuwait. Lo acompañarán varios jefes de departamentos. Y los otros no tardarán en llegar.

-Pero no habrá discursos, ¿ah?

-No lo sé.

-Bueno, cuando usted quiera, Magda.

La mujer alta sonríe, le hace un gesto y se adelanta a abrir la pesada puerta de la sala de Juntas.

La primera vez que Luis Samán entró all  –por escasos minutos- fue como office boy. A medida que ascend  tuvo reuniones en ese espacio amplio, bien iluminado y lujoso. Claro que llegó a ser hombre de confianza, pero nunca integr  la comisión central de la empresa. Adentro debe de estar uno de los responsables –recuerda Luis Samán, con escozor- de que él no fuese incluido en el núcleo directivo. Aún le guarda rencor. Dentro del escalafón de posiciones y sueldos Luis Samán siempre estuvo satisfecho con sus cargos. Sabía que no había nacido para presidente ni para convertir el destino de la Petrolera en un deber personal. Pero pudieron darle el gusto de algo superior. Ser eficiente, ganar y producir; eso fue todo.

La puerta se ha abierto. Magda y él avanzan. Desde la mesa oval se levanta el doctor Civini, quien está rodeado de un grupo de mujeres y hombres sobriamente vestidos.

-¡Adelante, adelante, Luis Samán! Estás en tu casa aunque quieras dejarla.  No has cambiado de idea?

Son cordiales el saludo y la alusión. Luis corresponde.

-Gracias, doctor. No, no he cambiado de idea. Y es un honor ser despedido por ustedes.

-Aquí contaba yo a estos jefes de sección, que conoces tanto como yo, la importancia de tu trabajo. Francamente modernizaste la empresa, introduciendo todos los recursos electrónicos, cuando ni siquiera era imaginable el desarrollo que eso tendría.

-No fue nada, el gusto por lo práctico y la intuición.

Dos de las nuevas ejecutivas se acercan a besarlo; distingue al fondo al ingeniero Alcántara, aquel que retrasó por año y medio su primer ascenso. Un hombre muy mayor que sigue adherido a la Compañía porque tal vez no tenga nada más en el mundo. Es gordo y lleno de verrugas y habla con los movimientos de un pez moribundo.

-Y por eso estamos hoy, tanto aquí en la ciudad, como en los campos petroleros y en las oficinas del interior, absolutamente tecnificados.

-¿No exagera usted, presidente?

Luis ha permanecido de pie ante la gran mesa. Otros comienzan a acercarse. Está seguro de que, tras las sonrisas, hay maligna curiosidad: ¿qué ha hecho este hombre, por qué lo hizo? ¿Cómo se puede tomar una decisión así, si lo correcto habría sido permanecer en la empresa unos años más? ¿Jubilarse, entregarse a la flojera y a la decadencia? ¿No es esto una señal de insensatez o, por lo menos, un signo de desprecio a cuanto fue su vida hasta hoy? Luis sonríe: así deben estar pensando todos los veteranos. ¿Y por qué esperó tanto? ¿No debió irse hace cinco años? Jubilarse es lo mejor en este país, vives sin trabajar, recibiendo un sueldo mientras te ganas otro por diferentes medios. No tardará mucho en morir. Luis sonríe y responde con calidez: así deben estar pensando los jóvenes directivos. Tal vez unos y otros tengan razón, dice alguna vibración que lo intranquiliza por segundos.

Cree ver de repente que uno de los vicepresidentes utiliza anteojos muy grandes. Es un hombre bastante joven (todos podrían serlo aquí ante él, piensa Luis con sorna) cuya frente suda, a pesar del gélido aire acondicionado.

Cuando se inclina a saludarlo, Luis tiene la impresión de que no son grandes los lentes, sino que un grueso gusano ondula, fijo desde los ojos a la nariz.

Han entrado otras personas y el presidente, según acaba de anunciar Magda, dice unas palabras. Luis Samán capta como si el jefe hablara en otro idioma, pero recuerda que desde hace muchos años el personal es nacional y que el inglés desapareció de sus comunicaciones. No, no habla en otro idioma, es que parece comer alguna cosa mientras lo hace.

Está contando no la historia de los descubrimientos petroleros (ya nadie se acuerda de eso) ni el proceso de legitimación realizado durante décadas, para que el país percibiera mejores ganancias por su propio subsuelo, sino el paso a la modernización tecnológica, a los audaces sistemas de explotación, al eficaz servicio de distribución mundial, a los zigzagueantes niveles de producción y al alza y baja intermitentes de los precios. Una historia preciosa, según él, que ha formado el corazón del país.

-No hay casa elegante –dice-, teatro, universidad, autopista, televisora, hipódromo y línea aérea, que no tenga sus raíces y su explicación en la producción petrolera. Un orgullo. El petróleo es lo obvio entre nosotros, no como Dios, pero casi. Tanto que hasta nuestras palabras están hechas con él.

Luis siente la tentación de interrumpir, de mostrar que también la más terrible y duradera cara del país, la de la pobreza, la violencia y la estupidez ha sido creada y agrandada por el líquido demonio. Podría decirle asimismo que quizá están viviendo los estertores de una empresa que ya se agota, después de casi ciento cincuenta años. Y que con su esterilidad de siempre arrastró al país. Pero sonrío con amargura y calla. Una sensación de náusea lo atraviesa. Están muy lejos los años universitarios. Tanto los planificadores y dirigentes

de la nación, como el pueblo mismo, han sido idénticamente responsables. Responsable él, Luis, pero impotente ¿o indiferente? Todos se dejaron envolver por la picaresca, la comedia de aquella vida ambiguamente cómoda. Lo suyo ahora es otra cosa.

El Presidente concluye:

-Así, este hombre tan útil a la Petrolia, ha tomado la decisión de dejarnos, cuando tanto podría darnos. Más de lo que ha dado. Conociéndolo, podríamos pensar que un día volverá, con nuevas ideas, con innovaciones de última hora, porque está al tanto de lo que se investiga en el mundo. Ha sido un gran viajero, un estudioso. Así que no te decimos adiós sino que esta fue, es y será, tu Casa. ¡Un aplauso para él!

Magda se acerca con un obsequio. Inician el brindis. Todos exclaman algo sobre su bienestar y en seguida el silencio invade la sala. Luis parpadea, tras del Presidente que sonrío con la copa en alto, la ciudad se ofrece como un trazo centelleante, puro cristal.

El licenciado Ochoa esperaba el instante. Hay en él una contradicción visible: nadie parece verlo ni recordarlo y sin embargo su silueta tiene algo de aquel santo andino, vestido con traje oscuro, que guarda sus manos tras la espalda. Si Luis no recuerda mal, el licenciado Cristóbal Ochoa pertenece a una de las más aristocráticas familias de Caranat. Y en este momento levanta su cuello, siempre un poco más alto que el de los demás, carraspea suavemente y con voz baja –tal vez para llamar más la atención o previendo el aburrimiento de los otros- habla con pausa, tal vez dirigiéndose a Luis.

-Nunca es malo un momento de reflexión. Usted se retira, nos deja con esta labor ya tradicional. Yo no sabría si envidiar su decisión. Me gusta estar aquí, me ha gustado. No tengo tantos años como usted en la empresa, pero ya sé que usted no es amante de la lectura, de pesados libros ensayísticos quiero decir y menos de sermones o discursos. Pero, si usted me lo permite...

-Adelante, licenciado. Por algo ha sido usted jefe de Prensa. Seguramente tiene algo importante que decir...

-Muchas gracias, doctor Samán. En estos días, por casualidad, he revisado papeles, papeles sobre nuestra compañía y sobre las cosas del petróleo. Quisiera comentarles algunas, escuchar opiniones, si alguien desea emitirlas.

Ochoa recorre con sus ojillos vivaces los alrededores. No está seguro de que en la segunda línea de los asistentes le hayan escuchado, y lo prefiere así. En todo caso, han chocado las copas, una elegante botella circula y ya algunas secretarías ejecutivas y sus jefes parecen susurrar cosas de trabajo.

-Pensaba yo en aquel discurso del entonces Ministro de Minas, Mayobre, en 1967. Concluía la guerrilla, los partidos políticos parecían la esperanza y la solidez de un país que venía de convulsiones. El hablaba, precisamente, de que más que en nuestra economía, era en lo social y lo político donde el petróleo influía.

-Y tenía razón. Sigue teniéndola.

-Hablaba de nuestra economía vulnerable, de cómo hemos sido pupilos administrados por un tutor extranjero. Pensaba que una vía de recuperación económica eran los precios de referencia. El no lograba imaginarse qué iba a

pasar en 1983. Pero era optimista. Hablaba de la lista uno (las concesiones que daba Venezuela) y una lista dos (las concesiones que daba Estados Unidos a Venezuela). Y llegaron después los años de la nacionalización. ¿Y no tienen ustedes la impresión de que hemos cambiado poco?

-Licenciado Ochoa, sus palabras son inquietantes. Perdone que le hable como Presidente. Mayobre es parte de nuestra prehistoria, como prehistoria petrolera es cuanto se extiende desde ayer hacia atrás. Yo creo que hemos cambiado. Una prueba es el extraordinario desarrollo tecnológico de la empresa, cosa que debemos, como decía antes, a nuestro nuevo jubilado, aquí presente.

Y el Presidente abandona su posición tras de la mesa oval. Responde a alguien y saluda a otro recién llegado. Hace una seña al mesonero, se sirve un poco más. En segundos está fuera del alcance de Ochoa. Este, por lo tanto -y ya seguro ante un oyente particular, atento e indefenso y quien también es como un ausente completo, porque se ha retirado de la empresa, oyente absoluto- se afianza con gusto en su tema.

-Ingeniero, sé que no le quito tiempo. Es que he estado leyendo a un joven filósofo y he quedado intranquilo con sus ideas. Por primera vez tengo la impresión de encontrar un pensamiento puro sobre el asunto del petróleo y del Estado, cosas ambas dentro de las cuales vivimos. También sé que no puedo redactar boletines de prensa con el tema, porque aquí adentro no los leerían y porque si salen en los diarios podría armarse un lío. Usted sabe como son esas cosas.

-¿Y qué dice el filósofo?

- Su apellido es Ostarga, un nombre raro, aunque creo que su familia es vieja aquí, valga la redundancia, en Ciudad Vieja, como decimos popularmente.

En ese instante, por un lado del brazo izquierdo de Ochoa, Luis encuentra el rostro alegre y atento de Magda. La hermosa secretaria le pregunta silenciosamente, con los dedos y la boca, si necesita ser rescatado, si Ochoa lo está aburriendo. Luis sonríe, dice que no. Y es que en verdad no estaría mal un día último en la Compañía con el responso de algún erudito.

-El hombre ha partido de una categoría sugerida sobre todo por Vallenilla Lanz en 1919: la idea de disgregación, cómo hemos vivido políticamente siempre una separación: entre los modelos sociales europeos y nuestra vida real, entre las Constituciones y su falsa aplicación. Hay una fragmentación y un dualismo. Como si el país fuese uno pero se dejara vivir por otro, digo yo. ¿Me permite una digresión, ingeniero Samán?

-Por supuesto.

-A partir de allí, resultaría casi lógico, diría yo, descubrir cómo al mismo tiempo aparece inconscientemente una constante en el arte, mejor dicho, en la literatura del país. El asunto ha tenido continuidad. Ojalá alguna vez lo piense usted. No sé si es origen o efecto de nuestra política, o ambas cosas. Déjeme nombrarle a dos autores que ojalá usted haya escuchado mencionar. Julio Garmendia el cuentista y Ramos Sucre el poeta. Ambos parecieron atender, con esas antenas secretas de los artistas, a la realidad que describía Vallenilla Lanz. Uno escribe cosas de permanente desdoblamiento, otro habla desde un “yo” múltiple, enmascarado. Como habla el país ¿me ha comprendido?

Ochoa advierte que el ingeniero ya no lo mira atentamente, a sus espaldas un grupo lo atrae. Decide cambiar de tópico, porque no puede perder a su oyente, a su ilustre oyente.

-No completamente, ¿podría...?

-No, voy a volver a la cosa importante, ingeniero. Le voy a decir, de memoria, y espero que la memoria no me traicione, algunas frases del filósofo. El dice que nuestra Historia moderna es la historia de la intervención del Estado y que éste ha tenido momentos estelares como el de fundación en 1945, el de recuperación, después de la última dictadura, en 1958, hecho que usted mismo vivió, aunque creo que era muy joven, y el de consolidación, a partir de los años sesenta.

-Y tiene razón ¿no?

-Claro. Esto significa que nuestra sociedad, toda, nunca ha vivido según las leyes y su aplicación correcta. En todo interviene el Estado, es decir, el petróleo, sus bajas y subidas. Una incoherencia, una cosa ilegítima. Dice el hombre: “la vida política actual se funda y se legitima en una tradición de servidumbre”.

-Servidumbre al Azar, a la contingencia, ¿no?

-Eso es. A nuestro desorden.

-De todo esto, él, como filósofo, deriva una consecuencia grave: dice que nuestro saber, fíjese, nuestro saber, no ha sido un producto histórico sino contingencia natural. Terrible. Una crisis del pensamiento. Una incoherencia

del pensamiento, un desdoblamiento, como lo revelan los escritores que le nombré.

Sin quererlo, Luis advierte que las palabras suaves, pero entrecortadas de Ochoa (quien lucha con los minutos de que puede disponer en medio de la reunión), van atrayéndolo. Cómo quisiera saber lo que sabe este hombre. Cierto que, aparte de su especialidad, ha leído poco. Pero tal vez haya llegado el momento para estudiar a gente como el filósofo de Ochoa. Y a Ochoa mismo: lo ha tenido cerca durante décadas y en cinco minutos le revela esta personalidad, lógica, iluminadora. ¿Por qué pudo ser así? Bueno, el otro es exageradamente tímido y, según presintió siempre, ajeno a los manejos torcidos. ¿Quizá porque su inseguridad impedía a los otros proponerle cosas? Va a decirle algo estimulante, va a pedirle el título del libro, cuando Magda y otra secretaria se acercan con risas y energía.

-Licenciado Ochoa, ¿nos permite al ingeniero? La fiesta es para él.

Ochoa se repliega, dentro de su sobrio saco oscuro. Como si su cuello hubiese desaparecido. Está casi avergonzado, pero Luis le tiende la mano efusivamente y le anuncia:

-¡Cómo me ha interesado todo, licenciado! Dentro de un rato proseguiremos.

Y camina flanqueado por las hermosas mujeres de la oficina.

No avanzan mucho, alguien lo hala por el brazo y le dice un chiste en voz baja:

-Un tipo está gozando en la cama con una señora, cuando se escucha un portazo. La mujer, desesperada, le dice: -¡Mi marido! ¡Rápido, salta por la ventana! -¿Estás loca? -dice el tipo- ¡Estamos en el piso 13! -¡No me vengas ahora con que eres supersticioso!

Y entonces se topa con Hernández. Apenas un poco más joven que él. Discretamente arraigado en cargos de poca visibilidad, pero con dominio administrativo muy férreo. El abogado y periodista Hernández. Blanca la frente, con algo de conejo. El pelo hacia atrás y las orejas anchas. Un modelo de inteligencia para el negocio oscuro. Ni Luis Samán mismo había podido escapar, una vez, de sus sugerencias y su maestría.

Ya no puede precisar el manejo de aquel asunto. Un joven ejecutivo como él no sólo tenía que lograr buenos recursos sino también exhibirlos. Habiendo expuesto su inquietud a Hernández, éste facilitó un impecable plan. Tan sencillo, ante los ojos de todos. Ambos se beneficiarían, le confirmó, y así resultó.

Lo que Samán no calculó fueron las noches de insomnio y de extraña culpa después de aquello, sobre todo con la imagen de su padre, que lo señalaba en los momentos de sueño intermitente. Durante semanas sintió un escozor casi físico al recordar lo que había hecho.

Otras veces vino Hernández a proponerle colaboraciones similares. Al fin y al cabo se trataba del dinero de la Compañía o, más simplemente, del Estado. A nadie pertenecía. Luis tuvo la fuerza para negarse y, lo más importante, la energía para no dejarse chantajear. Hernández era sensible a su imagen pública: ni un escándalo, ni una mancha. Claudicó suavemente. Pero ¿cómo había movido sus tentáculos Hernández dentro del vasto personal?

¿Cuánto había logrado? ¿Había alguien que, en medio del silencio, no actuara de acuerdo con sus maniobras o supiera de ellas?

Aquí está Hernández, riendo con su cara de conejo. Atento a cualquier acto social de la Empresa para presentarse. De origen humildísimo – Samán tuvo que enterarse de sus papeles mientras realizaban aquel asunto- Hernández ha acumulado una fortuna incalculable.

-Entonces te vas, ingeniero.

-Sí, fue una decisión muy pensada.

-Una lástima, aún la Compañía tiene mucho que dar.

-Estoy seguro.

-¿Vas a seguir viviendo en tu mismo apartamento? Me gustaría volver a conversar, tranquilamente, contigo.

-Pues, fíjate Hernández, esta misma semana me voy de viaje.

-Pero ya sabes que estoy a tus órdenes.

Luis ha querido resistirse, pero ya un tercer whisky está en sus manos. Sabe que en seguida traerán pasapalos y que luego habrá una comida deliciosa, para pocos; pero teme al encandilamiento del licor en la mañana.

Esta vez es él quien se mueve hacia el ventanal. ¿De dónde salió tanta gente? ¿Hay aquí también especialistas en colearse? Va a mirar el panorama espléndido de Ciudad Vieja –como se llama cariñosamente a Caranat- cuando alguien alargado, vivaz, se le interpone. Una serpiente amarilla y negra, que salta excitada. La contempla por segundos, viene en el aire. Pero Luis termina

por reír y saludar: es el doctor Ruiz, que trae como corbata a una culebra. Omite la alarma que le causara el bicho y recibe el abrazo del otro. Entre ambos palpita el animal, dispuesto a morder, a matar.

-Se nos va, ¿no, ingeniero? ¿Y qué va a hacer ahora usted?

-Cambiar de ambiente.

-Eso es importante siempre. ¿O se trata de una nueva conquista?

-Pudiera ser.

-Lo suponía. Y entre paréntesis ¿quién cuidará aquí en la empresa de todo el instrumental que has preparado?

-La verdad, no lo sé. Pero hay todo un personal entrenado.

Alguien lo llama desde el otro extremo. La atmósfera impecable de hace cuarenta minutos ha desaparecido. De reojo advierte cómo un office boy –tiene que ser uno de ellos- mientras deja un paquete en el gran escritorio, cerca de Magda, toma puñados de pasapalos y los engulle violentamente. Acude al llamado. Es el propio Presidente que ya carece del engolamiento de momentos antes. Le tiende la mano. Al volver a estrecharla, Luis nota la dureza de los huesos.

-Haces bien en irte. Tú sabes mejor que nadie cómo se manejan las cosas aquí.

-Es decir...

-Tú sabes que en cualquier momento pueden prescindir de nosotros desde arriba. No hay estabilidad, mientras más alto, peor. Esta nunca ha sido una empresa para el mérito y el trabajo. Es pura política y de la mala.

El Presidente habla con naturalidad y tono neutro. Quien los viera – nadie se ha acercado, aparentemente, a escuchar- diría que es un punto más, emotivo, de la despedida.

El Presidente Civini todavía sostiene la mano de Luis. Este parpadea y no quiere mirar el nudo efusivo, pero los dedos de Civini, cuya voz es a la vez gentil y amargada, comienzan a emitir pequeñísimas puntas hirientes. Un cuchillo redondo, una rueda de tortura que cuidadosamente penetra en su piel. Por un instante el dolor es tan agudo –una inyección, de aquellas de su infancia- que Luis Samán baja la mirada: la mano es una garra y hay algo de sangre, gotas mínimas.

Trata de sonreír, retira la mano herida. Y siente en su hombro el saludo de alguien que acaba de llegar. Es Napoleoncito, aquel compañero permeable. Luis llegó a ser su jefe, venía de Personal. Y muy tarde entendió cómo pudo perdurar en la empresa. Era tímido y débil. Fumaba incesantemente. La imagen de la desdicha que se disculpa. Nunca llegaba a tiempo a nada, perdía sus objetos personales y las noticias importantes. Fue trasladado de departamento en departamento, gracias quién sabe a qué ángel ciego: tampoco nadie se decidía a echarlo. Quizá porque poseía un don singular: su amor, su respeto, su veneración por las planillas, por los formularios electrónicos. Llegaba tarde a todo, sí, pero podía quedarse hasta las madrugadas, trabajar gratis durante los fines de semana, siempre que su deber fuera llenar y llenar datos, referencias, solicitudes. Entonces era un campeón de la paciencia, de la

banalidad. Quizá fue Luis quien descubriera esas dotes tuyas, excepcionales, para la burocracia inane.

Y aquí está Napoleoncito, con sus bigotes feos y su mirada huidiza, colocándose –gesto eterno – los brazos hacia la nuca, como si fuera a bostezar, aunque nunca lo haga; con su barriguita tímida también y las manos invisibles.

Luis Samán mantiene el vaso con hielo y soda. No quiere beber. Pero un sonido –que no puede ubicar- le va llegando gradualmente. Al comienzo es un silbido, luego algo como su propia voz que resonase en la sala o dentro de él. Como si estuviera recorriendo un túnel. Y las palabras son: “Unacted desires can turn as ugly in the old as in the young”, “Every woman I have been close to has caught me something about myself. To that extent they have made me a better person”. ¿Quién le dice esto? ¿El a sí mismo? ¿La voz de un amigo? ¿Cuándo, en qué viaje? ¿O lo habrá leído? Pero si él no lee.

Magda se acerca al presidente, que ha quedado de nuevo en el grupo, y le susurra algo al oído. El hombre corre hacia el teléfono, tratando de escuchar en medio del bullicio.

Luis sabe que falta poco para concluir la reunión. Pasarán, algunos escogidos, al elegante comedor vecino. Va hacia Magda y la obliga alegremente a escucharlo, mientras murmura:

-¿Qué pasa, Magda? ¿Por qué esa carrera del presidente? Puedes decírmelo. Ya soy casi un extraño aquí. La llamada ha puesto a Civini muy pálido.

-Creo que no debemos hablar de eso, ingeniero.

-Vamos, una última confidencia. Sabes que te adoro.

-Bueno, por qué no. La llamada es de la OPEP. Piden a Civini hablar con el Presidente de la República. Intuyo que quieren dejar al país fuera de la organización.

¡Una amenaza más! piensa Luis. Este es el mundo de los corrillos, de las llamadas telefónicas sin sentido. De los jefes que no lo son. ¿Cómo acaba de decir Ochoa? De los fragmentos, del dualismo. ¡Si pudiera escapar justo ahora!

Cuanto han reconocido sus compañeros y los jefes es cierto. Trabajó durante años con una intensidad excesiva... y hasta con honradez. Tan absorto estuvo en realizar sus logros que no pudo involucrarse en los manejos sórdidos. Había demasiada injusticia hacia la gente, para que también él se hubiese ocupado de dañar. Y eso no correspondía a una actitud moralista, a una exigencia ética, como hubiese apuntado el filósofo de Ochoa, sino a un simple sentido de exactitud: si él alterabas sus normas, también los objetivos lógicos de su trabajo se resentirían.

Sería infantil escapar ahora del animado brindis –y mira hacia el fondo de la sala, por donde podría escabullirse. Pero a la vez se acercan Hernández y Ruiz, con paso rápido, por extremos opuestos. ¿Qué pasará cuando hagan contacto el conejo y la serpiente? La pregunta lo hace sonreír, y así lo encuentran ambos funcionarios.

-Sólo una palabrita, Luis.

-Adelante, doctor Ruiz.

-Queremos hablarte de lo mismo.

- No mires a nadie y ya nos responderás, pero necesitamos que te lleves nuestra inquietud.

-Es obvio que pensamos en ti por tu honradez.

-Gracias, ustedes dirán.

-Permite que me adelante, doctor Ruiz, porque mi amistad con Luis es muy larga. A lo mejor no pasa nada, pero queremos advertirte que las elecciones para Presidente del país de la próxima semana pueden ser significativas. Nuestra empresa ha permanecido más o menos igual durante las últimas décadas. No te voy a hablar de su historia, porque la conoces mejor que yo. La nacionalización fue el último gran paso y todo indica que nada cambiará. Lo que puede alterarse es nuestro status. Estamos seguros de vencer en las elecciones: tendremos un presidente como los de siempre, porque lo hemos propuesto desde nuestro Partido. Pero si ganara el opositor, es tan joven y tan poco preparado, que pudiera intentar un cambio drástico. En ese caso todos nosotros saldríamos de aquí, quizá sin el rango que merecemos. Y en tu retiro tal vez sufras ataques o tratamientos indignos. Debes estar preparado.

Creyó que le iban a proponer un negocio extra o contarle un caso interno, interesante. Pero se trata del mismo discurso de otras veces, justo cuando se aproximan las elecciones nacionales. No debe escuchar más.

Tiene el impulso definitivo de escapar del almuerzo. Mil veces ha tenido ese ímpetu en situaciones similares, y se contuvo. Ahora puede hacerlo sin peligro social. ¿No sería una conducta reprochable? ¿Se atreverá a

hacerlo? Al fin y al cabo está libre, nadie puede detener ya el papeleo de su jubilación. Es curioso, porque se siente bien, complacido, rodeado de la crema administrativa de la Compañía. Precisamente un administrador se le acerca para consultarle cierto detalle de sus datos: el hombre trae cables que parten de sus orejas, de su ombligo, de su rabo. Los demás se apartan para no enredarse. Al hablarle a Luis Samán echa breves chispas por los ojos y la boca. Luis lo contiene alargando el brazo, no quiere quedar envuelto en aquel rollo eléctrico.

## *2 (Segunda tarde)*

A su alrededor la prisa frágil de los aeropuertos. El aeropuerto de Caranat o de Ciudad Vieja, como le dicen. Hace una hora que llegó y dentro de treinta minutos partirá. En el lapso –al presentar su boleto, al pedir un café en el bar, al salir del baño- tres personas lo han saludado con naturalidad, como si tuviesen derecho para hacerlo. Lo que no saben es que quizá están saludando exactamente a quien él acaba de dejar de ser o a quien él aspira a eliminar dentro de sí.

Ha salido tantas veces por las puertas de estas salas, que apenas ve sus amplios corredores, las secciones de cómodos asientos, tan impersonales como fugaces. Durante su espera el pasillo central recibe verdaderas hordas de gente que carga bolsos o maletines desproporcionados. Pero también por momentos Luis Samán ha quedado bastante solo, como ahora, mientras baja levemente la cabeza, para no saludar a una cuarta persona.

Los aeropuertos. Señal de trabajo a la cual desobedece esta vez. Viaja por su propia decisión y sin que nadie lo sepa. Los aeropuertos, cronómetros de su edad. Dentro de cuatro horas –si calcula el tráfico en las carreteras y calles del otro lugar- aparecerá ante Isaka; emergerá del tumulto, como una materialización del presente.

Hubo la elección presidencial, ganó el candidato joven, inesperado, y todo sigue igual. La decisión para este viaje ocurrió, aislada, también hace una semana. Había estado como inmóvil ante la posibilidad de elegir entre las dos ciudades. Una emoción, una concreta sensación de calma lo invadió desde el instante de su decisión. Podría decirse que su futuro comenzó entonces. Pero sabe que no es así: hechos minúsculos, desapercibidos, junto a sucesos notables (su renuncia al trabajo, por ejemplo) fueron agrupándose como una arena invisible, hasta traerlo a las horas de hoy.

Allá, en Tander, la otra ciudad, Isaka no lo espera. El viaje ha sido un impulso raro en él, juvenil podría decirse. Tampoco sabía que lo decidiría de esta manera. Se siente complacido. Quizá en este instante ella marca su número de Ciudad Vieja y encuentra en la grabadora la voz del hombre, la suya de todos los días, aunque él comience a ser distinto. Estando en Tander

podrá escuchar desde la distancia esos mensajes. Y un día cualquiera vendrá él o Isaka o enviarán a alguien para desmontar ese apartamento.

Resulta natural que lo saluden. La Compañía donde trabajó hasta ahora es un eje del país y la prensa ha popularizado las caras de muchos funcionarios.

Nació en la otra ciudad, en Tander, donde Isaka no lo espera hoy. De allá eran sus padres y allá también lo aguarda el antiguo, deteriorado apartamento de ellos. Aunque hace tanto tiempo que no visita realmente ese lugar, que apenas recuerda si se trata de una pequeña casa vieja. Sus encuentros con Isaka han sido aquí o allá, pero siempre en gratos y discretos hoteles. Como hijo único, ante el traslado de sus padres vino a estudiar la secundaria aquí. ¿Qué lo había unido a su familia? Innumerables sentimientos: desde la solidaridad y la comprensión hasta la angustia de verlos divergir, separarse, desconocerse. El padre sólido y emprendedor fue convirtiéndose en alguien aislado, perplejo; la madre, tan frágil siempre, cobró de repente gran vitalidad y no titubeó en separarse de ellos al enamorarse de un hombre con quien no parecía ajustar: menuda, culta ella; alto y descuidado él. Su padre accedió a la separación con rabiosa lentitud.

Todo eso coincidía con un cierto desencanto de Luis: la Facultad le resultaba fría y práctica. Podía haberse graduado rápidamente con honores, pero se entregó con entusiasmo al grupo teatral de los estudiantes y un semestre después trabajaba como productor, en ensayos, en la búsqueda de contactos, presupuestos, etc. El excelente estudiante Luis Samán comenzó a ser celebrado en el medio. Nunca llegó a representar las figuras cumbres con que soñaba a veces; pero directores y grupos encontraban en él la exacta

personificación de lo actual. Su estatura media, su cuerpo fuerte. La frente amplia y los ojos agudos, aquella neutralidad de su rostro, que parecía a punto de ser creado, a punto de adquirir la expresividad (nunca vista y tan buscada), le permitieron hacer papeles de piezas contemporáneas. Además en ellas los parlamentos eran muy breves, concisos.

Para entonces, mientras sus padres hacían vidas separadas y él iba de uno al otro por lapsos, ya él había ejercido el oficio de mensajero y ascendía en la empresa petrolera. “Cumpló con el método del asombro de papá”, se decía, “y con la razón práctica de mamá”. Pero tal hobby secreto, el teatro, no podía durar, lo sabía. Algo precario originó el vuelco: pasó de Beckett a Kroetz y de ellos a los insulsos parlamentos de una telenovela.

¿Culpa de uno de los amigos actores? ¿Ese que se ufanaba de sus trajes y sus gustos? ¿Seducción de alguna actriz secundaria? ¿Agotamiento de un breve ensueño suyo –Hamlet, Segismundo, más presentidos que leídos por él– que lo lanzó de las tablas a las cámaras de televisión? Hoy no podría saber la causa verdadera, porque reconoce que todo deriva de mil hilos que se cruzan virtualmente en todos los puntos.

Entonces apareció aquella primera muchacha, cuyo nombre recordará dentro de unos minutos. Aquella estudiante de medicina, la primera de sus innumerables salvadoras. Una mujer de ojos verdes y cabellos de cobre, interrumpidos por un mechón clarísimo, que le otorgaba debilidad y autoridad al mismo tiempo. Entre besos, ella rugió muchas veces, y él terminó obedeciendo:

-Estás perdiendo tu tiempo. Tú no tienes futuro en nada de eso. Eres inteligente.

Algo así debió repetirle en la cama, en los paseos, en las cervecerías. Y con todos sus libretos a medio leer, abandonó ese mundo de ficciones y se dedicó sólo a la Facultad. Ya su padre no se enteraba mucho de estas cosas, pero mamá lo celebró con entusiasmo. ¿Cómo se llamaba aquella muchacha?

No al mundo de la televisión sino al que ha sido su propia existencia: a eso lo condujeron, está seguro, las diversas mujeres con quienes convivió. Ahora que emprende este viaje reconoce que debe dedicar una revisión prolongada a lo que fueron y son todas ellas. En algún lugar del porvenir lo aguarda ese manojito de presencias femeninas, de amantes que lo moldearon o diferenciaron. Las mujeres de su vida o el detalle de cada una de ellas que las hace singulares y a él limitado.

Cuando se graduó (había otra compañera a su lado y mamá, que estuvo lagrimeando durante la ceremonia) ya el padre había muerto. Y quizá lo único que le quedaba de él (aparte de algún rasgo físico, como la hermosa frente) eran algunas conversaciones memorables. También a ellas volverá, pronto, en medio de este cambio o de esta búsqueda, cuando ya esté cerca de Isaka.

Isaka, alta y delgada, con sus sorprendentes nalgas tersas y redondas, frutales. Isaka —está seguro— comprenderá con exactitud el sentido de su decisión, de este viaje. A menos que ella considere que es muy tarde para que él alcance alguna certeza.

¿A quién ha estado saludando esta gente aquí, cuando tropieza con él, como acaba de ocurrir otra vez? Alguno pudiera ser un antiguo compañero de la Facultad (pero habría tenido más efusión o inocencia el encuentro), otro, un amigo de sus padres. A menos que sea gente ligada a sus remotas incursiones televisivas.

Justamente ahora la voz metálica de los aeropuertos anuncia que debe abordar el avión.

### 3 (*Tercera tarde*)

Entre las dos ciudades hay vuelos de naves modernísimas. Cosas que atraviesan el cielo como un disparo. En esta ocasión las ha evitado.

Un bimotor pintado de blanco y rojo oscuro, con dieciséis puestos, delgados y flexibles. No hay toilette y las ventanas acercan el exterior. ¿Por qué eligió este avioncito? Tal vez para que su viaje se prolongara, para recorrer con calma los cambios de paisaje. También porque de algún modo este aparato se parece a la ciudad que deja. Sabe que harán escala en una pequeña población (tal vez el objetivo de estos aviones sea conectar esa villa con las grandes ciudades) cerca del mar y esto lo complace.

No hay azafata tampoco: el capitán gira las instrucciones respectivas. Y desde una grabación la voz de una mujer concluye con las indicaciones. El aparato despega como si la velocidad no existiera. Son las cuatro de la tarde y el cielo anuncia bruma.

Como todo lo importante aquí, el aeropuerto está en el centro de Ciudad Vieja. Quinientos años de historia. Pasan sobre un antiguo convento, sobre la plaza que brota en el verde esplendor de junio. El edificio de gobierno. Un museo. Las calles simétricas con sus fuentes y sus zonas arboladas. Casas viejas, edificios modernos. La ciudad universitaria, el hipódromo, la gran sala abierta de espectáculos. Los estudios de televisión. El papel celofán que permite presentir como a través del humo, se oscurece. Las cosas disminuyen. El mundo es aire.

En esta Ciudad de Caranat ha vivido casi siempre, aunque si descontara los meses pasados fuera de ella, terminaría por creer que realmente es un habitante de ninguna parte. El trabajo de la Petrolera, las giras de directivos, las firmas de convenios y, sobre todo, los períodos de investigación para nuevas tecnologías. Sus viajes de descanso. Todo ha sido un entrar y salir, por años. Y sin embargo, la impresión de la ciudad es fuerte en él. Lo más real de una ciudad: nuestros amigos, los sitios de soledad y de placer.

Cree vislumbrar la avenida octava, la más larga, con casitas iguales, pero reformadas por sus propietarios, a tal punto que ninguna se parece a otra. En una de ellas vive Oswaldo Brito con su mujer y su hijita. Doce años de calma, después de un matrimonio anterior, prolongado y tormentoso. Oswaldo, levemente mayor que él, menudo e inquieto como un colibrí. Alguien que parece no haberse sentado jamás. Su buen humor, su risa rápida.

Alguien que, viniendo un día algo borracho y sin documentos de identificación, tarde en la noche, junto a su mujer, al ser abordado por un fiscal de tránsito que le dice enfáticamente: -Permiso para conducir. Rápido y colaborador, él indica a su mujer que va al lado: -Apártate, mi amor. Con mucho gusto, suba y maneje.

Las casas variadas de la octava, que de algún modo delimitan la ciudad por el oeste.

En el otro extremo, el doctor Troconis. Un hombre refinado que llegó desde el Lago y es gentil y discreto. Además de su alta profesionalidad, cumple una intensa obsesión: la de recorrer milimétricamente a Francia. Lo hace desde muy joven. Conoce cada hotel elegante, cada palacio de aquel país. Sus comidas y sus vinos. Cuando alguna vez Luis quiso retribuirle su perenne cordialidad, sólo se le ocurrió comprar en París una colección de mapas (rurales, urbanos, de trenes, de ríos, de pueblecitos) para él.

El doctor Troconis, ahora en los setenta y cinco años, ha dedicado toda su vida a otra creación intensa: el amor por su esposa. Fresca, hermosa, versátil. Una mujer que posee los pies más amados en la tierra.

No es tanta la frecuencia con que Luis visita a los Troconis. En cierto modo le gusta practicar una suave formalidad con ellos. Pero cada largo encuentro en su residencia lo deja pleno, radiante.

Luis tiene el don de recibir afecto y atención por parte de gentes muy jóvenes. A medida que el avioncito se estabiliza y cuando ya ni siquiera las fachadas más altas de Caranat pueden ser presentidas desde el aire, a su imaginación vuelven caras tersas y vibrantes. Los cuerpos que se elevan como

arbustos, exactos y flexibles; la piel límpida, tallada. Ojos que son una medida de lo imposible. La certeza de lo inseguro y singular, antes de que asome en ella cualquier rasgo común, lo peor. Juventud: el disparo de donde partimos fragmentados y múltiples. Cinco figuras rodean la cabeza de Luis, que se recuesta contra su asiento, mientras la ventanilla exhibe aún el cielo grumoso. Cinco jóvenes amigos: tres muchachas y dos chicos. Alguno venido de la televisión, otros de la universidad, a su vida. Hasta hay uno de ellos de quien sabe muy poco: trabaja con niños disminuidos mentalmente. Y es enérgico y tal vez demasiado seguro. Sus nombres flotan como el avión. Gente joven que ha llegado hasta él a través de alguna actividad de la Petrolera.

El piloto invita a ver alguna curiosidad geográfica por las ventanillas izquierdas. En el aire –en su mente- Luis atraviesa la faz hermosísima de Gabriela: aquella mujer fascinante de la Facultad; aquella con quien apenas hablara brevemente durante la carrera –ella era entonces la atracción femenina: por su belleza y su inteligencia- y de quien llegó a ser sin embargo amigo íntimo en la madurez. Nunca olvidará la escena del entierro: Gabriela, distinguida y sobria, había terminado siendo amante de un hombre casado.

Tal vez éste era arquitecto y en verdad vivió varios años junto a Gabriela . Pero la esposa no los perdonó: cuando el hombre murió y mientras se realizaba el velatorio en la fastuosa casa de Gabriela, la mujer legítima con sus hijos entraron violentamente y ayudados por sus respectivos choferes levantaron el féretro y huyeron con él. Luis estuvo allí, se dice en este instante. Y su amistad por ella sigue igual.

De otras mujeres ha sido simplemente un buen compañero. Por ejemplo de Licurga, una putica que se sabía los versos de Garcilaso de memoria; y de

Ana, quien sucumbiera –a su edad- ante el joven novio de su hija adolescente y se lo arrebatara. Ana todavía demuestra su culpabilidad, aunque es tan libre que él no lo cree por completo.

Y sus amigos muertos. Ha optado por clasificarlos en grupos. El primero, el más numeroso, formado por quienes de verdad están bajo tierra o ya fueron incinerados. Seres que te han acompañado durante largo tiempo: a quienes pertenece un número de teléfono, el sabor de un cocktail o de una comida, un rincón de la ciudad donde siempre eras bienvenido: aquellos de quienes aún vibra un chiste, una frase o un objeto y que, con su ausencia, restan algo a la ciudad, a tu vida. Luis Samán se ha prometido, quizá románticamente, que sus muertos no morirán. Y ha seguido meditando por instantes sobre ellos, conversando, terminando detalles inconclusos, amonestándolos por algún error que no pudo reprocharles en vida, insultándolos también. Y muchas veces, pidiendo disculpas por sus errores y descuidos personales con ellos.

Esta relación con los muertos verdaderos, aunque serena y humorística a ratos, alcanzó alguna vez un toque de terror: cuando a los dos días de su muerte, vio cómo Alfredo se materializaba en el comedor de su apartamento, dentro de un aura verde. Traía un gesto de amenaza: no quería llevarse a Luis sino que éste lo imitara.

Luis, solo en su apartamento, se pasó las manos por los ojos, saltó y se asomó a la calle. Estaba espantado con la imagen de su amigo. El hecho no se repitió.

Amigos que no se conocieron nunca entre sí y que tal vez tampoco se vislumbren dentro de la muerte.

Orlandito Lozada, quien nunca debió morir, se fue discretamente en el último diciembre. El primer compañero que tuvo Luis en Caranat, cuando llegó a ella con sus padres. Orlando también quiso ser actor, y escritor. Se consumió en una oficina de inmuebles. Alguien que es incapaz de crear, que admira a los genios y que vive en esa magnífica frontera que separa lo común de lo excepcional.

Al segundo grupo tal vez pertenezca Luis Samán mismo. Es reducido y allí respiran algunos de los seres que más quiso en diversos momentos de su larga vida. Han muerto y están vivos. Goyo, el político versátil, el conquistador de nenas: no hermoso pero sí graciosamente gordo. Siempre al día en automóviles, fiestero, con el misterio transparente de la alegría. Un año comenzó a perder los sabores, otro el tacto. Después la vista y la locomoción. Desde hace quince años sólo habla: la realidad es un parpadeo del cual él extrae la exactitud. Está en un tiempo perdido, nada de la actualidad le es familiar. Y sin embargo, controla telefónicamente a cada antigua amante, a los amigos. Nunca se queja. Pero su sola aparición sonora es una amenaza: habla desde la muerte.

El otro es Diego, un raro negociante que llegó a convertirse en rival de Luis Samán. Lleno de tics, de pequeñas manías imperceptibles, excepto en el momento en que su aparente naturalidad las convertía en imposiciones. Trabajaron –de distintas maneras- para la Compañía y habían frecuentado a la misma mujer sin saberlo. Era eficaz en el comercio. Y se entendieron bien hasta que en alguna ocasión, que Luis ya olvidó, descubrieron su relación con aquella mujer.

Esta, poderosamente sexual, definitiva durante los pocos meses en que aceptaba a un hombre, sin dudas prefirió a Luis. Desde mucho antes, desde sus primeros contactos, cuando hubieron bebido whiskies excesivos, Diego había anunciado su rara decisión: por una mujer, por un mal negocio, por un fracaso, se suicidaría.

Luis se rió la primera vez ante aquella confesión. Lo tomó a broma. Pero a medida que el asunto era reiterado, fue tomándolo en serio y preocupándose. Este proceso consumió algunos años.

Cuando ocurrió el descubrimiento de la mujer compartida, por quien Diego enloquecía, Luis temió lo peor. Pero nada ocurrió. Si Luis se apartó de la deseada mujer (quien seguía acosándolo), si comprendió la enemistad de Diego, comenzó en cambio a sonreír, a reírse de él, como hace ahora, con un tinte de desprecio, cuando el piloto anuncia el arribo al pequeño aeropuerto.

#### 4 (*Cuarta tarde*)

Media hora después están de nuevo en el aire. Otras personas completan el avión. Al descender momentos antes había perdido, por distracción, el paisaje de la pequeña población. Se inclina en la ventanilla y observa el mar. Nítido el azul del cielo e intenso el del mar. Ve las calles asimétricas que se ahondan en la tierra y estelas de espuma blanquísima bajo el avioncito.

Va hacia Tander, ahora sí. Casi en seguida las montañas ocultan la población desde la cual acaban de ascender. No quiere pensar. Le encantan los cambios geográficos de su propio país. La tarde ha avanzado y no obstante la claridad es mayor.

Abajo, una pequeña mancha clara es la población. Puede ver la inmensidad del mar, al cual ya nada pondrá límites, y las cadenas de montañas fértiles. En minutos, sin embargo, la orografía cede terreno a inmensas superficies verdes y planas. Y entre ellas asoma la curva gigantesca de un río, que desaparece en un verdor violeta y reaparece distante, casi gris.

Puede estar lloviendo a lo lejos. La altitud del vuelo casi permite observar detalles domésticos: un camino, una casa. Otra vez el ala sinuosa de un gran río o del mismo río. Y, como en una holografía, el paisaje se divide en suaves curvas, en islas, en formas de un gigantesco rompecabezas, que combina aguas y sabanas.

Se dice que debe meditar sobre la aceleración de su pulso: ante esa sangre lejana y poderosa: el agua. El agua que lo golpea, lo aturde, lo hace feliz. Ya tendrá ocasión de pensar en los hombres que certificaron sus destinos como trazos de lo líquido. Tal vez de buscar un filósofo, como diría el licenciado Ochoa. Por ahora le basta con esta emoción saltarina y destellante, de algún modo inesperada. Tal vez dentro del encuentro de su mirada con los remotos destellos esté el secreto que lo impulsó a elegir el itinerario de este avioncito.

Casi una hora después ya no hay rastros de ese paisaje. Ha oscurecido, pero potentes zonas de sol iluminan abajo. Y lo que ve no es menos fascinante. Cuanto parecía una vasta esfera inmóvil se va convirtiendo en una tortuga añil y ocre: el mar abierto otra vez, la lucidez lenta y absoluta del océano. Un azul que se despide del sol.

Y caprichosa y fálica, la inmensa franja de rocas, la tortuga, que ingresa al mar eróticamente es una península, una cola de oro y negro. El avión se estremece un poco: los cambios de vientos violentos parecen quemar, a tal punto es de fuego la imagen que transcurre en la distancia.

Todo lo reconoce Luis mediante sus olvidos. Están ingresando a la zona occidental del país, a la inmensidad devastada por siglos, a los territorios erosionados y fantásticos donde, en verdad, nace y reina el petróleo.

Así prosigue el vuelo: cerca de él, débiles telas azulosas que pudieran emerger de un espacio oscuro: del mar o de la noche simultáneamente. Y creciendo, ocupando no sólo el vidrio de la ventana sino cuanto pudiera ser el planeta, una superficie pétrea y rojiza, oscura y anaranjada, una sequía ardiente, arenales, grumos marrones, la tierra toda en espiral desértica, buscándose a sí misma.

Es la región que lo espera. Donde cada árbol (arisco u olvidado, protegido o salvaje) se convierte en un consuelo para los ojos.

Y así, a medias dentro de algún rato de sol último, a medias en la penumbra, Luis Samán presiente el resplandor: no ya de la tierra ocre sino de la intensa iluminación artificial: la poderosa ciudad. Atardece, el avioncito desciende y gira, y como un torbellino de luces, Tander irradia.

En pocos minutos aterrizarán: hacia ellos se eleva un inmenso torrente: los vidrios de un vaso que salta roto: Tander: las agujas de los edificios, las altas torres comerciales, un filoso erizo que cubre la tierra con su poder metálico.



5 (*Quinta tarde*)

Un día antes Luis ha llegado al pequeño apartamento de Isaka:

-¿Cómo pudiste olvidarlo? –exclama ella, entre seria y sonriente.

-Algún día tú misma me lo explicarás, supongo.

-¿Para qué? Pensándolo bien, ya te diré por qué me resulta maravilloso.  
¿Dices que está ubicada por los lados de Simeina?

-Sí, creo que sí, aunque tal vez sea que sólo recuerdo esa palabra.

-...esa palabra. Simeina. Mañana mismo iremos a ver. De ser esa la zona, también los hoteles donde nos hemos encontrado durante estos dos años están por ahí. Claro, esa parte es grandísima, media Tander.

-¿Atracciones secretas entre los sitios, no?

-Seguro que sí. Ahora déjame besarte yo.

Es la hermosa Isaka quien le acaricia la boca con sus labios abundantes y perfectos. Olor y humedad vienen de ella como un aura que lo atrapa. El labio superior, con su extremo levantado, que se recoge para formar la sonrisa amplia. El otro, con la gracia de una coma. Y la piel toda límpida en su tonalidad de níspero. Luis permanece casi de lado, casi cubierto por ella, enlazadas las piernas.

Después Isaka levanta un poco la cabeza, alegre, y prosigue con el tema.

-¡Tu casa! ¡Una casa en esta ciudad y lo habías olvidado!

-Hasta creía que era un apartamento. Bueno, ya no debe quedar mucho de ella. Así como dejé de frecuentarla también la descuidé. Encontraremos ruinas, ¿no crees?

-Como sea, te digo que es maravilloso. ¡Y en esa zona! Ya aquí en Tander no queda ni un milímetro disponible.

-Es verdad, cada vez el avión tarda más volando sobre la ciudad para hallar el aeropuerto.

-¿Sabes que te llamé anteayer dos veces? Quería verte. Dígame si me hubiera ido yo a Caranat mientras tú venías para acá.

-Perdóname de nuevo por no haberte avisado.

-Sabes que siempre me han gustado tus impulsos.

-¿Porque son escasos?

-No, porque de algún modo hacen las cosas diferentes.

-¿Por qué lo dices?

-¿Me permites contarte algo que nunca te dije?

-¿Sobre un impulso?

-Sí, tal vez. Quizá tuyo o mío.

-Está bien, pero quiero besarte de nuevo, antes.

Y Luis recorre la boca fresca, las orejas alrededor de las cuales el pelo se levanta, espeso y erizado, como el plumaje de un ave salvaje. Pasa la lengua por el hombro izquierdo, vislumbra la espalda dorada y cimbreante.

-Cuéntame.

-Tú debes creer que nos conocimos hace dos años, en las oficinas de la Petrolera, en Caranat.

-En efecto, aunque nunca me quedó claro por qué fuiste tú la enviada desde aquí de Tander, cuando me pareció, ahora que lo comentas, que en el aviso habían mencionado a otra persona.

-No fui elegida. Encontrarte allí me llevó quince años. No, no te levantes. Quédate así, ¿sorprendido?, al alcance de mis besos.

-¿Quince años? No entiendo.

-Nunca lo hubieras podido entender. Otro día te explicaré con detalles cómo y por qué fui yo quien apareció en tu oficina. Pero en el fondo se trató de algo muy sencillo: pedí a un compañero de trabajo que me dejara sustituirlo. Y acudí yo.

Lo importante, Luis, es que creo que comencé a verte cuando tenía diez años. O tal vez antes. Aunque ahora que has nombrado a Simeina, a tu casa de allí, casi puedo precisar que fue en ese lugar donde te vi por primera vez. ¿Había árboles allá?

-Muchos.

-Entonces debe ser ese el lugar del primer encuentro, el encuentro que tú desconoces. Fui con mi papá, ¿recuerdas a Edgardo, un capataz de la familia Ordaz, que vivía también por esa zona?

-¿Edgardo? ¿Los Ordaz? Apenas recuerdo, muy poco.

-El era un hombre alto y fuerte, muy joven. Fue a verte por encargo de sus patronos y yo me empeñé en acompañarlo. Mamá es delgadita y de piel clara; papá, como te digo, fuerte y aindiado, con el pelo levantado como yo. No, no podías, no puedes haberte detenido en aquella figura pequeñísima que lo acompañaba. En verdad, él, que nunca me ha negado nada, andaba en búsqueda de un padrino para mí. Yo había llegado a esa edad sin bautizar. Quizá por eso todavía me interese tanto el mundo religioso.

Si yo tenía diez años, papá andaba por los veinticinco, como yo ahora. Tú mismo nos recibiste. Era una calle muy larga frente al mar. Delante de tu casa, un muro que impedía verla, con árboles que sobresalían de él. Viniste a atendernos, o a lo mejor simplemente estabas en la puerta y es por eso que mi padre se detuvo. Te ofreció un ahijado, no precisó quién sería.

Puedes haber respondido que viajabas mucho, que te irías pronto de aquí, quién sabe. No aceptaste la proposición. Pero yo te vi plenamente. ¿Seguirás teniendo aquella casa? Hasta yo misma la había olvidado, después de que nos mudamos de Simeina. La zona perdió su carácter pueblerino, se convirtió en puros edificios nuevos, como esos hoteles que algunas veces hemos visitado. Creo que ahora será importante –para ti, para mí- volver a aquella casa, ¿no te parece? Ahora que seguramente no me parezco a aquella niña.

-Espera, espera, mi Isaka. Creo que puedo ver algo: dentro del mediodía, el pelo erizado de tu padre. Y una niña muy, muy delgada.

-Sí, casi conservo la misma cintura de esa época.

-Es cierto, puedo tocarla.

-Pero no lo demás, ¿verdad?

-...tal vez muy alta, como me gusta. Y tu pecho y tus nalgas...

-...aquella niña delgada que te vio. Podría decirte exactamente qué veía en ese momento, pero sería muy largo. Vi tu perfil característico, vestías un short verde y tu piel parecía muy blanca. Me quedé con esa impresión de fuerza que transmites y con tus ojos. Primero me enamoré de tu mirada. Sigues teniendo una luz lateral en los ojos, algo que los atraviesa y les permite matizar su color. Nunca he visto tanta claridad en una mirada. Sentí que eras de agua, de aceite. Que tus ojos me recibían, que me hundía en ellos. ¿No será que te busqué para rescatarme a mí misma?

-Podiera ser, amor. Cuando realmente te vi, hace dos años, ignoraba que ya estuvieras dentro de mí: tal vez por eso fue tan fácil quererte, devolverte desde adentro a este mundo donde ahora te tengo.

-Sí, Luis. He surgido de ti, nazco de ti.

-Mi niña.

-Te buscaba porque sabía de tu existencia. En mi casa sabían de tu trabajo en Ciudad Vieja. Pero nadie tenía contacto contigo. Y yo no me atrevía

a insistir mucho. Hasta que con los años el azar, en las oficinas de la Compañía, produjo la oportunidad. Te encontré.

-Para siempre, ¿no?

-Sí, para siempre. Aunque nunca dejé de estar contigo. ¿Tenías treinta y cinco años cuando te conocí? ¿No te ríes? ¿No te parece cómico que una niña se enamorara de un hombre mayor y desconocido? Que pensara en él durante años, que aprendiera a desearlo hasta lograr el prodigio de encontrarlo.

- Isaka, Isaka, déjame que corresponda a tus palabras.

-Puedes hacerlo, sólo quiero volver una vez más a eso que me sorprende, que me parece extraordinario y sin embargo natural. A esa historia que quería contarte o repetir así: una niña se enamora de un adulto mayor, queda deslumbrada con la luz de sus ojos. Y ni siquiera sabe que está enamorada para siempre, que no podrá buscar jamás a otro hombre.

-Gracias, amor. Desde hace dos años tu historia es mi historia y esta revelación nos hace unidos con un vínculo que está fuera del tiempo.

- Luis.

-Como pareciera que nuestra unidad es a la inversa, también yo puedo repetirme cómo tu aparición dejó una huella. Fuiste a Caranat, trabajamos. Nunca había pensado yo en renunciar a la Petrolera y menos en volver a Tander. Mi vida estaba completa y tenía que deslizarse suavemente en la cómoda decadencia. Un poco más de hipocresía, una enfermedad, el final.

Pero apareces tú y se despiertan mis impulsos: contradictorios, amargos, salvajes, dulces: el deseo de tu cuerpo, tal como ahora lo veo: estas nalgas que

se elevan, la estrechísima cintura que se hunde en ellas. Tus hombros amados, tu boca, tus piernas largas y suaves. La cadencia de tu cuerpo.

Y además traes la frescura, algo que me pareció ignorancia al comienzo y que ahora detecto como secreta sabiduría. ¡Sí! Estoy libre sólo para ti. Vamos mañana a la casa de Simeina, vamos a ese punto del pasado donde me uní con tu infancia, donde imaginaste mi poder de hombre. Isaka, Isaka.

Él se levanta y deja la bata de algodón gris que lo cubría en el sofá donde ambos reposaban. Mimosa, también Isaka se levanta. Sus siluetas altas pasan por unos segundos ante el ventanal del balcón y en seguida se reclinan en el lecho. Hace veinticuatro horas que sólo se mueven dentro de este espacio protector: del dormitorio a la cocina y al pequeño comedor, del baño a la sala, de ésta a la cama.

Luis se recuesta, un poco alzado por las almohadas. Es el momento privilegiado para el cual las horas de caminatas, de gratos ejercicios y de natación parecieran haber trabajado su cuerpo con energía. Abre las piernas, su verga cabecea como buscando y una excitación febril recorre sus músculos. Isaka, desnuda, se acuesta boca abajo frente a él. Toma sus tobillos, besa el empeine, los pies. Respira sobre su sexo, lo besa, lo devora. Cuando la erección es intensa, mueve su rostro hasta el pecho del hombre, lo lame suavemente, ofrece su boca. Un magnetismo ritual comienza a cubrir las zonas íntimas de ambos, que se frotan apasionadamente.

Entonces él la levanta un poco, la atrae, entra en ella, es ella.

Como relámpagos pasan por sus ojos cerrados la primera vez que la poseyó: intocada, maravillosamente lenta. La segunda, cuando comenzaba el

misterio de la ondulación. La tercera, cuando estuvieron por primera vez como ahora. Un vértigo de sensaciones, de cuerpos que son el mismo y se sustituyen.

Algo más tarde, cuando ambos reposan en el territorio anónimo y perfecto del placer, Luis se dirá, también con la duración del rayo, que debe ser potente e íntimo como ahora por mucho tiempo, que su naturaleza sabrá responder y protegerlo ante esta juventud incesante que lo acompaña.

De repente, Isaka le pasa la mano por los ojos que la miran fija, admirativamente. Sonríe y le dice que vuelve en seguida. El atrapa la mano. Luego la deja ir, como si ella no se hubiese alejado.

¿Son las cinco de la tarde? Tiene la impresión de que se duerme, de que un sueño poderoso lo reconforta. Escucha el sonido del agua. Alguna vez deberá rememorar a las mujeres que le dieran felicidad, cree decirse otra vez, como hace algunos días. ¿Para qué? Como un tributo a Isaka: para entregarle cuanto fue antes que ella, tan nueva, apareciera. Quizá el tributo más puro y difícil que un hombre pueda rendir a una mujer: la verdad del amor pasado que entrega desde entonces al hoy sin dudas ni fantasmas. Para que el presente incluya lo porvenir y la totalidad sea consumada.

Y entonces comienza a verla: delgadita, de piel clara. La mujer llega al portón de la casa a mediodía. Trae una sombrilla de color tenue. El sol abrasa. Es tímida y sonríe. A su espalda el mar bate brillando y algunos autos pasan silenciosamente. El debe estar frente a ese portón, pero del lado de adentro, bajo una sección techada. Tras él, los grandes árboles, la casa de sus padres. Luis se ve mucho más viejo que ahora. Está como cansado o decepcionado de

algo. Probablemente venía de la casa cálida y el viento de la calle y la playa lo envuelve.

El hombre quiere encontrar para siempre un sentimiento firme, prolongado: el equilibrio.

La mujer de la sombrilla, algodonosa bajo la luz extrema, le hace un gesto de consulta o un saludo. El quiere ignorarla, preferiría ver la playa y el mar naciente. Pero cuando se mueve un poco, descubre que la mujer viene acompañada por una niña morena de ojos rápidos y labios ligeramente levantados. La madre se borra dentro de la luz. La niña lo mira fijamente, sería también, como si fuese a hacerle una pregunta. Luis –el de hoy, el que reposa en la cama de Isaka - quiere decir algo, hablarle, tomar su pequeña mano. Pero la niña permanece absorta, tal vez no lo miraba, tal vez veía los árboles, la casa, lo que está a espaldas del hombre viejo.

De repente aquí en el lecho Luis se agita un poco y la imagen desaparece. Al fondo suenan la ducha y la voz de Isaka. Pero en seguida el portón se abre hacia el esplendor del mediodía: la luz lo hiera, como una dicha. Y de nuevo está la mujer tímida con la niña en la mano, haciendo un gesto impreciso.

Luis –el de hoy, el de antes- cree saber que, sola o con sus padres, la niña ha venido muchas veces a esa puerta, a mirar. Que vive cerca, también a orillas de la playa. Que todo esto ocurre durante su estancia de semanas en Tander, cuando ya era alto empleado de la Compañía, en Ciudad Vieja.

Y tras sus párpados soñolientos Luis la reconoce plenamente: es Isaka niña, desconocida, lejana. Remota en el tiempo y en su vida, pero decisiva en el hilo de un destino que ella creará para él.

Cuando Isaka sale del baño y viene fresquísima, hablando y sonriendo, hacia la cama, Luis experimenta un recuerdo o una imagen que lo perturba: sí, la niña desconocida en la puerta, pero la mujer delgada y clara de la sombrilla es quien avanza con él bajo los árboles, quien entra a su casa solitaria y quien se entrega con pasión en aquel mediodía ardiente.

## 6 (*Sexta tarde*)

El olor del cedro impregna el ambiente. Las tablas, los tablonés colocados al fondo del comedor dispersan una fragancia que produce extrañas asociaciones: uno no sabe si sentir el lejano bosque de donde vienen, si imaginar la belleza que ofrecerán como elementos de la casa, si pensar en versículos bíblicos, dentro de los cuales el cedro se eleva como un fuego o, simplemente, en hacer lo que hace Luis justo ahora: acercarse a la madera, respirar con intensidad y detectar los delicados dibujos que las superficies exhiben. Si alguna vez pintara, se dedicaría a reflejar esa trama de los nudos, los círculos que el cedro despliega en tonos blancos, sepias, dorados, toscanos, negros, como vinos.

Vinieron, en efecto, Isaka y él, hace dos meses a esta parte remota de Tander, que antes era como el centro. Aquí la ciudad es una larga calle que bordea al mar. A lo lejos, en la ensenada, se perfilan altos edificios y torres petroleras viejas. La playa ha decaído: ya no posee protectores de metal ni lugares para los toldos y la gente. Piedras y hierba se confunden con la arena. En algunos sitios feroces montículos de basura. Pero esencialmente todo es lo mismo de siempre.

Casas bajas, algunas lujosas y otras pobres demarcan la calle, que se recorta contra elevados, estrechos edificios residenciales. Y desde ella siguen brotando trinitarias, clavellinas, ramas más o menos salvajes. A mano derecha de la casa vive una familia de ganaderos, a quienes Luis Samán apenas ha

visto. Por los autos que entran y salen, se trata de gente gustosa de lucimiento. A la izquierda, parece mentira, sigue la misma familia ancestral: gente primitiva y silenciosa, endógama, extrañamente pobre y analfabeta. Ahora, en lugar de la antigua casa de barro única, gigantesca y tribal, bajo las palmeras surgen tres ranchitos de zinc y tablas, que parecen contener a unas treinta personas.

Más allá de esas fachadas la voracidad ha levantado urbanizaciones, centros comerciales, hoteles. Un abigarrado monstruo de autopistas y callejuelas que se debate entre el excesivo aire acondicionado y el calor quemante.

Al norte están los muelles y el aeropuerto. El contraste de las zonas extremadamente ricas y las pobres. La energía de Tander, su sangre oscura: el petróleo.

Luis escucha las voces de los albañiles, mientras el olor del cedro irrumpe con discreción salvaje. Hace un mes que los hombres trabajan y Eddy, el hermano de Isaka, debe andar en el otro lado de la casa. Su tarea –fina y exigente- se limita a la elaboración de las puertas principales y de la escalera.

Son las nueve de la mañana y Luis permanece recorriendo la sala y el comedor, en uno de cuyos extremos están colocadas las tablas de cedro. Eddy debe estar en el cuarto próximo, porque escucha el cepillo raspar la madera.

Isaka vendrá a mediodía, con la piel enrojecida y un punto de sudor sobre la boca. Traerá el almuerzo, que compartirán sobre una vieja mesa y saldrá volando a la oficina, para volver a recogerlo en la tarde. Una rutina que desafía al tramado tráfico de Tander y que ella misma impuso.

-Podemos comer siempre en un restaurante cercano, Isaka.

-Está bien, pero no, no, yo preparo la comida en la noche. Sabes cómo me gusta hacerlo. Y traerla no es nada.

-¡Nada! ¡Atravesar el infierno!

Isaka se rió. No pudo convencerla. Sólo admitió que tres veces a la semana traería la comida y las otras dos irían al restaurante.

Reconstruir la casa es el estallido de un entusiasmo: ¡con cuánta frescura y energía se frotan lo imaginario y lo posible! Una gran parte de la vivienda había resistido noblemente. ¿Tendría más de cuarenta años deshabitada?

Según los vecinos del lado izquierdo, su madre volvía ocasionalmente y ellos mismos la ayudaban a limpiar pisos y paredes. El padre regresó sólo una vez. Tander parecía despertarles sentimientos de culpa o de dolor. Y entretanto, Luis –desde Caranat - siempre partía hacia cualquier lugar del mundo.

Las paredes de adobes, el marco fuerte de puertas y ventanas –caoba recia- habían resistido bien. Pero el gran patio era un bosque casi impenetrable y las cañerías estaban tapadas y muchas partes de los pisos cuarteadas.

Para entrar aquel primer día los vecinos del lado izquierdo debieron romper la enmohecida cerradura. ¿Dónde quedaría una llave para ella? Y ese primer día Luis quiso escapar sin entrar. El polvo, la sensación de ruina aplastaban. Se volvió hacia Isaka para decirlo, pero los ojos iluminados de ella no lo dejaron hablar.

-¡Qué maravilla! Nunca había entrado aquí.

Sus ojos destellaban como ante un tesoro. Avanzó resueltamente y se detuvo en medio de la sala. Sus manos parecían señalar un horizonte vasto.

-¡ Luis! Vista desde el portón esta casita no representa lo que es. Muy grande. También es que los árboles la empequeñecen. ¿No dices nada?

-Mira...

-Lo sé, estás impactado por el abandono. ¿Naciste aquí, no?

-Sí.

-Hay que comenzar a trabajar desde hoy mismo.

Avanzaron hacia las habitaciones, hacia lo que habían sido la acogedora cocinita y el comedor. Luis, desconcertado y descentrado, la seguía mecánicamente. Nada en él correspondía a la euforia de Isaka.

El hombre que había ayudado a abrir la puerta y que permanecía afuera, entró de repente acompañado por una de sus hijas, con escobas y un rastrillo. Catalina, la hija mayor, es pequeña y regordeta; con los ojos muy separados y algunas hebras rubias, similares a resortes, se desplaza como un extraterrestre. Habla mordiendo las palabras. Isaka los vio y se rió complacida. En seguida los tres trataron de limpiar una parte de la sala. Mientras lo hacían, Luis Samán volvió a la puerta principal y comenzó a caminar rodeando la casa.

Bejucos, flores secas, frutas caídas y la altura extraordinaria de los árboles se impusieron junto al viento cálido. La luz de la mañana era poderosa

y franca. Miró hacia los lados, reconoció el muro que rodeaba a la propiedad. Adentro resonaban voces y risas.

Rodeó la casa, oliendo las paredes llenas de musgo y de pequeñas enredaderas. Arañas y algún nido de pájaros colgaban de ellas. Sin darse cuenta regresó a la recién abierta puerta: luego retrocedió hacia el portón. Las hojas de éste, herrugientas, permanecían entreabiertas. Afuera pasó una gandola con violenta lentitud. El aire se tiñó de humo y gasolina quemada. Luis asomó la cabeza completamente. Un jeep se alejaba en sentido contrario al de la gandola. Volteó, ya nada escuchaba desde el interior de la casa.

Entonces atravesó la calle y caminó con rapidez, saltando sobre las rocas. Sus zapatos penetraron en la arena. Unas olas mansas llegaban cerca de él. Se agachó y hundió una mano, que quedó envuelta en espuma. Las rocas, lavadas y secas en ese instante, le permitieron sentarse. Cuántas veces en la infancia se había lanzado a nadar desde aquí. Cuántas veces conversó con su padre o estuvo él solo, concentrado ya no sabe por qué, en este mismo lugar.

Cuando se llevó los dedos a la boca y sintió la sal, creyó escuchar la voz de su padre que lo llamaba. Inclino la cabeza bajo el sol, sonriendo.

Volvió a la casa.

-¡ Isaka! ¿Dónde estás?

Las dos mujeres y el hombre, agitadosísimos, acababan de lograr un prodigio: en casi una hora apartaron polvo, hojas y colocaron adecuadamente restos de muebles. La sala adquiría condiciones apropiadas como sitio de partida para trabajar en lo restante. Isaka vino, apartándose el pelo que había caído sobre la frente húmeda.

-¿No te lo decía? Mira cuánto se puede lograr. Mañana mismo buscaremos albañiles.

Y entonces, hace dos meses, comenzó la limpieza, la recuperación de lo que había sido la casa amable.

Ese proceso fue rápido y sorprendente. Bajo los brazos de Cheo y sus tres ayudantes, el techo, las ventanas y especialmente las cañerías y el piso fueron reparados o sustituidos. Mientras adentro esa cuadrilla respondía con eficacia, los vecinos contratados por Luis iban podando, restando espacio a la maleza, definiendo los antiguos senderos bajo los árboles.

La vieja casa cuenta con dos habitaciones grandes y una pequeña. Un baño, la cocina, la sala y el comedor. Ahora Isaka, que quiere cambiar el blanco tradicional de las paredes por tonos sepias y azules, también está empeñada en unir cocina y comedor, ampliándolos mucho.

-Este terreno es inmenso. Tenemos que defendernos del calor.

Luis sonríe. El también ama los techos altos y las habitaciones muy amplias. Está completamente de acuerdo con ella.

-Aceptado, Isaka. Ahora vamos a buscar un arquitecto amigo que nos haga los cálculos precisos: ¿qué te parece una habitación arriba y una especie de gran sala, abierta hacia los árboles, desde donde podamos ver el mar?

-¡Una idea divina, Luis! Me extrañaba que desde aquí el mar quedara tapado siempre.

-Fueron caprichos de mis padres. Vamos a corregir eso.

-¿Crees imprescindible consultar a un arquitecto?

-Sí, bueno, hay que calcular las bases, el peso de lo que iría arriba. ¿No crees?

-¿Qué tal, Luis, si preguntamos a un ingeniero de la oficina? Alguno de ellos nos ayudaría con gusto.

-Puede ser.

-¡Y entonces con Cheo, nuestro albañil, inventamos esa parte de arriba!

Dos meses atrás se había iniciado la metamorfosis. Luis Samán está envuelto en el olor a cedro, sabe que los albañiles dan toques finales a lo que ha sido la reparación de la casa vieja. Y siguiendo un súbito impulso Luis se asoma a la habitación próxima, donde Eddy trabaja concentrado.

El alto muchacho delgado guarda una fuerte similitud con Isaka: la de la diferencia. Son semejantes en la estatura y en el detalle del labio superior ligeramente levantado; pero el cabello hirsuto en la frente tiene color grisáceo. Lo ve mover los largos músculos tensos, que la franelilla deja al descubierto. Sí, son muy distintos: Eddy, tosco y aislado, con ojos huidizos y una manera de hablar casi ininteligible.

Fue la primera persona de quien le habló Isaka y, aparte de él y los albañiles (innecesaria ya la ayuda de los vecinos) la única que ha venido a la casa durante horas. Claro, en su silencio pertinaz, Eddy resulta un carpintero preciso y refinado. De sus manos y sus herramientas van saliendo los nuevos marcos para las ventanas. El hombre lo mira y recuerda algo de lo que le

contara Isaka: apenas llega a los treinta años y lleva dos divorcios. Ninguno de sus matrimonios duró más de tres meses.

Antes de retirarse, Luis le hace un gesto de saludo. Nunca sabrá si aquél prefirió mantenerse concentrado o si quiso ignorar su movimiento.

Tal vez sólo Isaka lo comprenda suficientemente. Es su hermano favorito. Ella vendrá dentro de un rato. Hoy corresponde a los dos almorzar aquí. Y lo harán sobre la mesa improvisada que los ha acompañado durante este lapso.

Bastó que una de las habitaciones fuera habitable, para que ambos vinieran a pasar aquí los fines de semana. La salvación de la casa, el hervor del mar convierten estas noches en insondables modos de amor, para ellos.

*7 (Séptima tarde)*

¿Valdrá la pena recordar, recuperar esa tarde, ese día? Horas similares ocuparon semanas enteras.

Son las tres y Luis llama a Isaka, que está en la oficina.

-Quería avisarte: no me vas a encontrar aquí en el apartamento cuando regreses.

-¿A dónde vas?

-Me acaba de avisar el electricista que debo llevar a los trabajadores unos cuantos metros de cable. Calcularon mal y quieren ganar tiempo.

-¡Ganar tiempo! Un poco gracioso, ¿no?

-Ya sabes cómo son. Sé que vas a decirme que no vaya ni les lleve nada, porque terminarán sin hacer nada hoy. Pero te juro que lo mejor es no darles excusas, voy a llevarles el material.

-Es increíble: otra vez les falta algo. Ya estoy perdiendo la paciencia, Luis. Semanas y semanas y esa gente no avanza. Comenzaron como unos bolidos y cada día retrasan algo, pierden algo, les falta una herramienta o un obrero... ¿terminarán alguna vez?

-Es así. Sonrientes y chistosos, pero flojísimos, incumplidos. Tenías razón: no debimos adelantarles tanto dinero. Creo que no les importa lo que les debemos.

-Me dijo la vecina que vio a algunos de ellos trabajando en otra parte.

-Lo creo.

-Bueno, de acuerdo, supongo que tienes que ir a la ferretería.

-Mejor es que yo mismo compre lo que falta.

-Y allá te dirán que olvidaron pedirte algo más. Pero, comprendo, Luis.

-Entonces, mi bella, voy hacia la casa. Me estaré comunicando contigo.

-También yo.

-Adiós.

¿Debe él en su soledad retener aquellos incidentes desagradables, el largo proceso para la reconstrucción? Ante la impaciencia de ellos y la irresponsabilidad de Cheo y su equipo, sin embargo, la casa avanzaba. Todo fue curioso: el gran trabajo de paredes y pisos y hasta el de frisar, era perfecto y rápido. La demora comenzó con los detalles, con las indicaciones olvidadas que requerían repetir cosas. Como si los trabajadores únicamente supieran realizar con gusto las tareas duras y generales. A cada instante quedaba el remate de una viga mal terminado o en el piso una piedrecita olvidada hacía un efecto inesperado. Hasta alguno de los fuertes insectos que venían por las noches, al quedar descuidadamente sepultados, trataban de abrirse paso dentro del cemento horas después. Qué lapso fastidioso e ingrato. ¿Vale la pena dedicar un rato a esa rememoración?

Seguramente sí, porque todo eso habla de Isaka, de su humor y sus rabietas con los albañiles.

También porque de esa manera fue matizado el proceso de reconstrucción. De las ruinas a la limpieza. Del pasado familiar fijado en aquellos ámbitos, a la fantasía de Isaka y a sus propios deseos. La casa se levantaba, renacía, iba subyugando al sol y al aire. De pronto los espacios eran acogedores y distintos, los ventanales parte de la tierra verde, los senderos un jeroglífico descifrable. Y cada uno de tales elementos iba recogiendo la voz, las caricias, los gestos de Isaka. La casa se transformaba en ella y lo acogía a

él como un organismo hecho para esos ambientes. Su prescindible pasado acudía como leves manchas claras, él era sólo presente.

Pero ya sabía todo esto: haberla encontrado era la culminación de cuanto lo impulsara a retirarse de la Petrolera. Estaba, con ella, en el camino del deslumbramiento. Y la casa sólo constituía la parte externa de ambos: tan esencial como sus amores.

8 (*Octava tarde*)

Ni un sonido. Luis Samán atraviesa el gran patio pleno de árboles y abre cuidadosamente la puerta principal. Tras él, cerca del portón, la moto de Eddy.

Todo parece cerrado y solitario y sin embargo el hombre avanza con la sensación de que, desde algún lugar, alguien lo observa.

Hace sólo algunas semanas que se han instalado él y Isaka definitivamente aquí. Ella volverá a casa más tarde, como le avisara. Cierra la puerta, absorbe la altura de las paredes y lo aéreo de las ventanas con

satisfacción. El divino hogar aislado, íntimo, impregnado por la personalidad de ella, lo recibe, como ocurre en cada uno de los últimos días.

El sol de la tarde va tocando, afuera, las hojas y las ramas y así éstas despiertan como puntos transparentes de color; adentro, los tonos elegidos por Isaka producen sosiego al hacer transitivo lo exterior, que se acomoda en cada rincón.

Luis sabe que de algún modo ya nunca lo abandonará este sentimiento de suave plenitud, de pertenencia. Se queda inmóvil durante algunos minutos. No está mirando nada, porque todo es familiar, aunque bajo la certeza de lo nuevo. ¿A dónde fue toda su vida pasada? ¿Cómo pudo dedicar tantas horas a reuniones, a conversaciones inútiles, a intuir intrigas y descubrir hipocresía en las personas aparentemente más leales? Todo aquello no tenía sino una dirección inmediata: la posesión de un cargo, el manejo de bienes o de dinero, la obtención de cierta invitación a comer con alguien aparentemente importante. ¡Y pensar que también él sucumbió a veces ante aquella esterilidad!

A esta casa nada de eso entrará. La sinceridad de Isaka, el bien de los dos se sostiene sobre la confianza mutua.

Bebe un poco de agua, busca la revista que dejara ayer en la mesa y decide sentarse arriba, en la abierta terraza desde la cual se siente flotar el jardín, como una recompensa. Las noticias internacionales no son buenas, aunque otras veces fuera así y nada ocurriera. Algunos países amenazan con ataques bacteriales a otros y el objetivo es el petróleo: desviar la circulación del mismo hacia rutas antes impensadas.

Han pasado tantas cosas con la oposición local de religiones y políticas, que también podría ocurrir una vasta represalia mundial. Luis prefiere no pensar sobre eso. Aunque, al encontrar algunos estudios en una de sus ágiles y domésticas computadoras, hace una semana, decidió solicitar urgentemente la revista que ahora recoge. Ya volverá a la red cuando haya deglutido estos raros informes.

Mientras sube, elogia internamente los escalones de cedro, su color y su fortaleza. Y siente en ellos un detalle más de la personalidad de su mujer, traducida por su hermano.

Cuando abre la puerta superior la tarde aún guarda el ardor que pertenece al mediodía. El verdor es un aura que flota, desde los árboles a la hierba. Levanta la cara hacia el tronco mayor y arriba, entre sus hojas oscuras, divisa la silueta adormecida de un búho. Debe ser aquel que canta por las noches. Gris y sepia el plumaje, los ojos brillando en su ceguera.

Tal vez Luis no haya hecho ningún ruido desde su entrada. Acerca una cómoda silla de tela y va a abrir la revista cuando, abajo, entre los arbustos del patio, advierte a una persona.

¡Ah, sí!, debe ser Eddy, cuya moto lo espera junto al portón. El chico, tan parecido a Isaka en la estatura y la delgadez, está inclinado arreglando alguna cosa en el suelo. A diferencia del de su hermana, el largo cabello erizado luce un color gris, casi terreno. Hay un banco a su lado y él se concentra en algo que, con su mirada abarcante, Luis no discierne desde la terraza.

Le basta al hombre con levantar la mirada para encontrar las huellas del muchacho: el techo está sostenido por vigas labradas con sobriedad. Y la columna central que sostiene el mayor peso, surge recubierta también por placas de madera delicadamente lijadas por Eddy. Su inventiva le permitió que esas láminas fijas pudieran ser movidas levemente y aparecer entonces a veces como formas de cubo o de rombo, según lo deseara el capricho de Isaka.

Toda la casa posee bellos elementos de madera que el pulso del chico elaboró con gracia. ¡“El chico”!: también Luis Samán optó por llamarlo así, aunque todos conocían su edad y sus divorcios.

-Para él es muy fácil hacerlo. No olvides que nuestro abuelo era un carpintero simple pero conocedor – comentó Isaka el primer día en que Luis contemplara los resultados obtenidos por el hermano.

A nadie de la familia volvió a ver Luis. Según su mujer, vivían al otro lado de la ciudad. Y los padres habían muerto. Sin duda Isaka sentía un afecto muy especial por este hermano menor: no sólo lo invitó a realizar cosas en el hogar sino que le permitió tener llaves y entrar cuando quisiera. A Luis no le molestaba aquella presencia silenciosa y ensimismada. Aparte de una cordialidad elemental, nunca estableció mayor relación con él.

Por lo demás, únicamente venía a casa –sin quedarse siquiera a dormir– cuando ella estaba aquí.

Bajo la luz encendida de la tarde, Luis se dispuso a examinar la revista especializada (uno de los pocos vicios que conservaba de su vida anterior), tal vez con exacerbado interés debidos a las noticias recientes y, casi sin advertirlo, echó una mirada más a la silueta que emergía de entre los arbustos.

Eddy seguía inclinado y abstraído. Un poco de sol exaltaba el brillo del cabello y bajo la camiseta sin mangas los músculos sólidos parecían labrados.

¿Cuánto tiempo dedicó Luis Samán a la comprensión de aquel trabajo sobre novísimas tecnologías bélicas? Quizá había pasado una hora y de repente sintió como si el silencio fuera excesivo. El aire inmóvil, la luz vítrea.

¿Se había ido el muchacho? No escuchó el ruido de su moto. Vio hacia el jardín y, curiosamente la caída del sol destacaba el otro rostro. Allí estaba Eddy, al lado del banco, cumpliendo un rito sólo suyo.

Bajo el cabello azulado los ojos fulguraban quietamente. Una mirada ausente y sin embargo fija, hipnótica, capaz de penetrar en raros territorios inexistentes. Involuntariamente Luis miró hacia arriba, hacia las altas ramas del árbol mayor: no había nada allí: o el búho huyó o se ocultaba tras el cambio de claridad que ahora modificaba las hojas.

Pero los ojos radiantes y encegucidos de Eddy podían ser los del búho. En la distancia a Luis le pareció que un centro de oro fulgía contra el círculo rojo de las pupilas. Un movimiento del brazo derecho del chico atrajo su atención: la mano llevaba algo, un cigarrillo, humo, un puñal o arena. El brazo se levantó hacia el cuello y éste dejó visible el perfil. Eddy entrecerró los ojos y con la mano izquierda apartó el largo cabello posterior.

Por un instante Luis creyó perder la visibilidad de la escena, tan próxima. Un pájaro cantaba o el ruido de un camión y su bocina, más allá del paredón, hicieron relumbrar en su mente la imagen de la carretera, de la playa solitaria.

Cuando precisó de nuevo al muchacho, éste seguía de perfil. Creyó que su boca temblaba un poco o que se reía. La mano derecha bajaba ahora, el pelo volvía a cubrir la parte del cuello donde hubiera estado y los dedos traían sangre.

Luis se levantó. El chico se había herido en el cuello o había aplicado algo directamente a una herida. Pensó en ayudar, gritó, pero temió asustarlo o provocar una reacción inesperada. Corrió hacia la escalera, obra de Eddy.

Salió al patio y se dirigió a la zona del jardín que, inesperadamente desde abajo le pareció sombría. Apartó los arbustos. Sentado en el suelo, con la cabeza inclinada entre las piernas, Eddy parecía desmayado. Lo llamó suavemente y levantó el torso con energía. La boca del muchacho, con su labio superior levemente alzado, parecía cantar.

-¡Eddy! ¡Eddy! ¿Qué pasa?

Sólo entonces pudo advertir que la silueta de Isaka estaba a su lado, que le tomaba la mano mientras se agachaba junto a Eddy.

-¡Hermano, hermanito! ¡Otra vez!

-¿Qué está pasando, amor, qué ha hecho este hombre?

-Otra vez las drogas, otra vez.

- Entonces ¡a una clínica!

9 (*Novena tarde*)

Isaka –se lo ha dicho ella misma- fue advirtiendo los cambios que la unión de ambos producía. Aunque mantuvieran una proximidad intensa cuando vivían separados entre Caranat y Tander, ahora la hondura de la casa los envolvía en inesperadas certezas. La inmediatez, el lenguaje exhaustivo de los gestos, los detalles de la conducta nunca antes revelados, todo recogía en ambos una vibrante unidad, frágil y recién creada a cada instante, poderosa en los dominios que revelaba.

-A veces –le decía Isaka un domingo- tengo la impresión de que mi infancia se acentuó o renació en estas habitaciones, en este pequeño bosque. O de que no la había vivido por completo. No me interpretes mal, no estaba en la búsqueda de un papá. Claro que haberme convertido en profesional, haber podido mejorar la situación de mis familiares antes de que mis padres murieran me producía un sentimiento de algo bien cumplido, de haberlos hecho felices. Pero algo mío se quedó sin realización: tal vez la alegría sola, la libertad de mi propia vida. Era muy joven cuando te encontré y aún lo soy. Pero has sido tú, Luis, quien llenó mis fantasías, quien me hizo vivir en ellas y luego materializarlas, como ocurre con esta casa.

-Puedes estar seguro –le dijo otro día, en marzo- de que repetiría mi vida contigo si hubiese que hacerlo. Todo lo que mi cuerpo guardaba en potencia tú lo desarrollas, lo concretas. Desde el principio te dije que no podía haber habido otro hombre para mí. ¿No sería que te inventé?

-No quiero otro lujo que no seas tú –le confesaba una vez. Podríamos comprar otro auto y muebles más caros. Pero me basta con la sencillez. Por eso no acepto que me hagas regalos. Podríamos viajar al extranjero, pero mi ambición es permanecer en Tander. No sabes cómo me costaba ir a Caranat: lo hice por ti. Esta ciudad y su mar me cercan como la felicidad.

-Sé cuánto te gusto. Hasta sin mirarte puedo adivinar la fuerza de tu deseo, porque es el mío –dijo, entregándose, sonriendo.

-Me has dicho que soy imaginativa –repitió ella otra noche de junio-; tal vez por eso me compras los hermosos libros que tú no lees y que yo devoro. Perdóname cuando te pregunto cosas sobre el destino de Hamlet o sobre la

reina Micomicona o sobre las cacatúas del australiano. Tus respuestas vienen de experiencias personales, no de otros libros.

-¿Crees que no me doy cuenta de cómo me cuidas, de cómo amplías el mundo que conozco? -murmuró ella-. Eso es importante para mí y lo disfruto. Pero de algún modo tú lo haces innecesario, me basta contigo. Sé que me preparas para cuando hayas partido. Quieres que yo sea una mujer superior, antes y después de tu muerte.

-¿Sabes? –sólo dijo Isaka una vez-. Capto el interés de otros hombres. Me satisface. Entiendo que así están ellos comprobando lo que quisiera significar para ti: un magnetismo, que soy un centro de tu gusto. Pero mi voluntad es tuya.

-¿Crees que no me he dado cuenta? –comentó Isaka casi riendo-. Te gustan las mujeres muy inteligentes, lo sé. Yo no lo soy tanto. Pero puedo añadir a nuestra vida diaria aquello en lo que pienso. Pensar es para mí algo natural. No te asombraré con cosas geniales, prefiero lo que tenemos a diario: en la oficina, en casa, en las visitas y las conversaciones. Te hace bien verme hablando con esas personas educadas.

-¿Cómo quieres que me vista esta noche? ¿Prefieres el traje oscuro o este rojo con los hombros descubiertos? Hoy estuvo en el Departamento una de las personas a quienes vamos a recibir, el licenciado Ochoa. Me pareció un poco insípido. Me habías dicho que llamó ayer y que acordaron el encuentro de esta noche, pero me sorprendió que se presentara a la oficina.

-Ochoa tiene esas reacciones impulsivas, ingenuas a veces, es muy inocente. Por eso siempre lo escucho.

-Y dijo que vendrá con el filósofo. ¿Cómo será? ¿Tú lo conoces?

-Nunca lo he visto, pero Ochoa lo considera un gran intelectual.

Y Luis se inclina y besa el hombro desnudo, de firme suavidad. Otras veces han venido algunos de los viejos amigos de Tander (Venancio, Cirila, Leo y Betty, entre otros), gente grata de la oficina y, sobre todo María Eloísa, la compañera fiel de Isaka, y hasta Catalina, la tartamudeante vecina, y su prole. Sólo aquellos que les permiten, según su intuición, una vida social concisa y límpida. También de eso hablaron una noche, con mutuo asombro: coincidían en no querer dentro de su casa a quienes les parecieran suspicaces, capaces de mentir mínimamente. Lo curioso es que no les resultaba difícil orientarse entre quienes se acercaban a ellos. En los meses de unión, cualquier detalle de falsedad o ambivalencia los alertaba. Sin palabras hacia los otros, en ocasiones sin palabras entre ella y él, la brújula ordenaba la marcha: no tolerar ni soportar algún rasgo de intriga secreta. Ser comprensivos ante los dilemas y problemas ajenos, pero no traerlos a casa.

A eso había arribado Luis durante sus larga experiencia; en eso concluía su mujer con el puro instinto de su juventud.

También sin palabras él siente que hoy ella reconoce anticipadamente la llegada de una noche especial. Quizá la exagerada atención de Luis Samán hacia Supranet, la aparición de novísimas publicaciones en su mesa de trabajo durante las últimas semanas, los detalles que le ha revelado en algunas conversaciones: Isaka sabe que el encuentro, dentro de unos momentos, es singular.

La ve dar algunas vueltas por la habitación. Su silueta se destaca contra la pared blanca y el ventanal. Afuera el cielo terso y oscuro deja fluir grandes nubes blancas. Siempre lo hipnotiza la flexible y fresca imagen de esta mujer, tan suya. Luego ella viene decidida hacia el closet, toma el vestido verde-ola y se acerca a él, colocándolo sobre su cuerpo. En un minuto está transformada, en un nuevo grado de esplendor.

10 (*Décima tarde*)

Podría decirse que la casa estaba lista, aunque Luis reconoce que en esta nueva experiencia nada parece concluir, a menos que uno olvide los detalles no resueltos. Casi un año se ha llevado la reconstrucción, y ha valido la pena. Isaka, con su presencia y la mejoría de Eddy, parece haber alcanzado la plenitud. La coincidencia es mutua; si alguna vez Luis sintió que podía conformar la unidad con otra persona, es ahora. Tal vez se haya aislado excesivamente del mundo agitado que dejó detrás, pero hasta eso se convierte en ganancia. Caranat, con sus intrigas y aquel mundo tan conocido del negocio petrolero, nada le dice, tampoco resuena en su mente. A pesar de las inquietudes que sus compañeros le adelantaran, el joven presidente del país – según el eco de las noticias- no ha tocado la estructura de la Empresa.

De allí lo extraordinario que representa aquella visita del licenciado Ochoa. Él sigue como empleado y, según confesó ayer por teléfono, había venido a Tander para una actividad programada. Hubo algo en su tono (¿entusiasmo?) que repicó de manera distinta en los oídos de Luis. Y, como cosa casi irreal, Ochoa cumplía aquella gira en compañía del filósofo. No había dudas: se trataba de algo especial.

Y en efecto, el licenciado Ochoa parecía distinto: no porque vistiera una holgada chaqueta blanca, porque estuviese más delgado, sino porque sus brazos tenían vida, se movían con parsimonia pero firmemente: estaban *delante* de él, como si la imagen del santo que su figura evocaba se hubiese actualizado. Además, en los ojos había una fijeza posesiva y agradable. Tal vez también todo se debiera al contraste con la figura del filósofo: sólido, de piel muy oscura, cabellos lisos y alta nariz. Más tarde Luis se preguntaría cómo son tan amigos si, aparte de la admiración de Ochoa por él, eran tan disímiles en sus apreciaciones.

Isaka, dentro del aura marina de su traje, ofrecerá las bebidas y luego la cena con atención graciosa que Luis absorbe complacido.

Apenas entraron y, concluidos los saludos y las presentaciones, Ostarga se volvió hacia Ochoa y como terminando una idea dijo:

-Todo político, para serlo, debe estar previamente desequilibrado. ¿Es posible la excepción?

-Perdonen, amigo Samán y usted señora, Ostarga y yo veníamos hablando...

-No, por favor, licenciado. Creo recordar que la última vez que nos vimos había proclamado usted su adhesión al señor filósofo. Vamos a sentarnos, digan a mi mujer qué prefieren beber, y continúen.

-Perdone usted mi frase, ingeniero, pero quería concluir.

-¿Concluir? No, por Dios. Tanto Isaka como yo estamos dispuestos a escucharlos.

-Es que creo que el licenciado Ochoa trae un mensaje especial para usted y no quiero ser motivo de dispersión.

-Otra sorpresa. Pero tenemos muchas horas para escuchar lo que Ochoa me dirá, con calma.

-Ciertamente, Ostarga, mejor es escucharlo.

-Gracias. Podría matizar lo anterior aceptando que el único sentido para la vida de un político es su entrega al trabajo por la libertad y el bienestar de la colectividad. Si algo intermedio aparece, el destino de ese político se ha corrompido.

-Hasta ahora, Ostarga, y esto tiene que ver con mi gira por varias ciudades, sus palabras, que respeto, se cumplen a cabalidad.

-¿No están haciendo el viaje juntos?

-No, coincidimos en Tander. Ostarga está dando unas conferencias en la universidad y yo hago cierto trabajo de extensión para la Compañía. Por ese trabajo vine a hablar con usted. Y me pareció excelente que ustedes se conocieran, sobre todo en estos momentos. Porque en un año ya el nuevo

Presidente de la república ha demostrado su talante constructivo. Y el petróleo...

-Él puede querer el bienestar, Ochoa, pero de manera paradójica el petróleo se le opone, de manera gradual el petróleo invadió todo –lo físico y el alma- hasta convertirse en la esencia misma del país. Por eso pudo desplazar toda otra posibilidad de desarrollo. En su momento, hasta la guerrilla de los años ´60 quería convertirlo en poder nacional.

-Después, perdonen que intervenga, amigos visitantes, el país se durmió en el petróleo.

-Exactamente, doctor Luis. Ahora estamos a punto de que despierte. La primera razón para ello es la crisis mundial y el increíble aumento del precio del barril, que ya no se detendrá nunca, a menos que ocurra un milagro.

-Me gusta su optimismo, Ochoa. Y ya que ustedes destacan mi gusto por la filosofía, permítanme hacer una digresión. Abbagnano *dixit* que Platon era viejo cuando escribió “El político”. Había viajado mucho y conocido la traición de los gobernantes. Por lo tanto, no podía dudar de sus conceptos cuando lo redactó. Y sin embargo, la exposición es lenta, “fastidiosa” como acepta él mismo. Hay un exceso de método, como si no se atreviera a confesarse (y a la humanidad) la imposible y tan nuestra aspiración del político ideal, del político posible y necesario –ya que éste nunca se materializará. Habría que psicoanalizar la torpe y angustiosa marcha del diálogo, saber más del Platon viviente, para comprender su anhelo y su reticencia.

-¿Quiere usted decir que podríamos estar ante un espejismo?

-No, doctor no me estoy refiriendo a nuestro caso concreto.

-Ostarga, como estudioso excesivo, bien puede dudar. Pero usted y yo, Samán, pertenecemos a lo inmediato.

-Isaka nos indica que podemos ir a la mesa. Voy a ayudarla con el vino, pero vengan, vengan conmigo.

-Con gusto, vamos. Dentro de un momentico le explicaré el motivo de mi visita, señor Luis. Pero quiero hacerles una confesión. Pudiera decir que hace un año se realizó mi más fuerte ilusión política. Usted me vio llegar hace años a la Petrolera, prácticamente allí crecí. Me venía de mis padres y de la universidad la idea de contribuir a hacer del nuestro un gran país. En ningún otro sitio podía lograrlo, a mi juicio, sino dentro de una petrolera. No era fácil y he sido, soy, siempre muy tímido.

Por un instante, mientras Ochoa habla, Luis Samán comienza a explicarse la resonancia de su voz en el teléfono y la de ahora. Ya están sentados y gustan de la cena sencilla que Isaka ha preparado. Este hombre se ha transformado, admite. Nada hay afuera que lo delate, aparte de una notable delgadez; pero los ojos saben apresar las cosas, al oyente; habla sin temores y hasta adelanta datos personales. El mismo Ochoa lleno de su dúctil energía, pero seguro.

-La gran nacionalización me llenó de esperanzas. Iba yo hacia los treinta años y con los grandes recursos creí que se corregirían los errores. O yo era muy tonto o la oportunidad política se perdió. Seguíamos haciendo casi lo mismo. Pero hace un año la ilusión volvió. Disculpen la emoción, pero esa vez, cuando fui a votar, lloré. Un fenómeno de masas nunca visto, enérgico y

necesario, sostenido por consignas para corregir errores, para ordenar nuestra desviada democracia y, especialmente, para transfigurar el petróleo en justas áreas de producción, de educación y cultura. Lloré al votar, porque el cambio era inexorable. La nación, mil veces traicionada por sus hombres, había creado a un líder impulsivo, sin dinero y sin ambiciones económicas personales. Tan sencillo como para poder sentir la humildad y el sufrimiento de vastas poblaciones; tan sensible que puede citar versos de Whitman y a la Biblia.

-No conocía esta vena política suya, licenciado.

-Es curioso, Samán, pero desde que Ochoa se puso en contacto conmigo, por uno de mis libros, he visto, al contrario, esta fe suya, esta pasión por servir.

-Ambos tienen razón. El doctor Luis Samán sólo me vio dentro de la empresa. Y usted, Ostarga, cuando la situación política cambió, poco después de haber descubierto sus libros.

-Y supongo, Ochoa, que su misión conmigo tiene que ver con su entusiasmo.

-Así es, don Luis. Pero quiero concluir y pido disculpas por hablar en tono tan personal. Hicimos triunfar abrumadoramente al nuevo candidato. La realidad de los partidos casi impedía pensar que eso sucedería. Todo estaba corrompido en el poder. El candidato poseía disciplina, garantiza firmeza y sentido de la justicia. Lo que él representaba, representa, es la doble espontaneidad: la tierra pura, la consideración hacia los otros.

-Usted habla como un poeta.

-Gracias, señora Isaka, perdonen la emoción.

-Es verdad, amor: como un poeta. ¿Y a usted le preocupa el interés de Ochoa, filósofo?

-No exactamente; ya tendremos ocasión de volver sobre todo esto. Quizá es muy pronto todavía.

-¿Y su mensaje para mí, Ochoa?

-Es lo más importante, ya vamos a retirarnos y casi lo olvido. Ingeniero Samán usted decidió jubilarse en la plenitud de su carrera. Aceptado para aquel momento. Pero ahora se necesita rehacer la empresa: la imprescindible necesidad de desarrollo interno, de expansión planetaria. Hay que estudiar el vínculo interno de ella con sus empleados, su participación intelectual y profesional. Y lo más importante, convertir la riqueza en un bien colectivo, administrado con justicia y transparencia, como debería ser en la historia de nuestro país.

-¿Me está pidiendo volver?

-Cuanto antes, no hay tiempo que perder. Su nombre ha sido considerado de manera unánime. Ya sabe que hay una directiva colegiada, en la cual debe usted estar. Debe volver a Caranat.

11 (*Última tarde*)

Ahora que, de algún modo, todo en la vida de Luis Samán volverá a cambiar, puede decirse que hoy, esta tarde en Tander, concluyen las evocaciones de lo que ha sido el más puro, tal vez el más misterioso período de su vida.

Han pasado tres meses después de la visita del licenciado Ochoa y del filósofo; casi año y medio de su regreso a Tander. Ni él puede creerlo: cuando había decidido y practicado el retiro, no sólo de la empresa sino de un modo de vivir, cuando aceptó que Caranat sería su pasado, está a pocas de horas regresar. Claro que todo parece distinto, y eso justifica la nueva opción.

La casa respira como un nuevo orden en el que el gusto y el aroma de Isaka consagran todo. Hoy, como otras tardes, piensa en sus padres. ¿Quién había sido realmente su padre? A él le hubiera servido este ambiente para quedarse, para envejecer en paz. La solidez en su afecto, en su manera de llevarlo al mundo del trabajo, aún tiene efecto sobre Luis. Qué honda calidad moral poseía aquel hombre. Si Luis Samán hubiese sido más enérgico (o menos egoísta) quizá lo hubiese retenido a su lado; pero apenas surgieron las diferencias entre sus padres, aprovechó la ocasión para apartarse. Como excusa tenía su juventud, sus indecisiones ante los estudios, las chicas y la vida bohemia a la que lo conducían sus escauceos con el teatro y la televisión. Felizmente, también una mujer (¿cómo se llamaba?) le indicó entre noches de intensidad sexual y críticas cómicas a sus actuaciones, que allí no estaba su mundo. Y tenía razón. Concluidos los estudios, nada le impedía continuar con la Compañía petrolera.

Ese era el momento preciso para rescatar a su padre, atraerlo, ya que la madre se había esfumado. Su súbito enamoramiento de alguien a quien ellos

casi no conocían, la hizo cambiar en todo. En verdad, Luis no dio mucha importancia al suceso. Ella tenía el derecho de rehacer su vida. Pero el hijo no calculó cómo podía aquello herir al hombre. Comprenderlo fue un proceso gradual y quizá sólo durante estos meses en Tander vislumbró la dimensión en la herida de su padre. Tal vez porque Luis tiene ahora una edad apropiada para sentirlo.

Tampoco hubo nada indebido en la conducta de su madre; cuando reaparecía, cuidadosa en su envejecimiento, volvían al grato humor de años antes. Y Luis ni siquiera supo si vivía con el mismo hombre. Ella era un firme modelo de libertad, de seguridades ante todas las cosas. Sobria, elegante y llena de finos atisbos.

De algo está seguro Luis: de la claridad con que su padre establecía el límite entre lo correcto y el error. Un simple comerciante había poseído el rigor ético de algún estoico. Así como lo enseñó a defenderse de otros niños, aquí en Tander, hace décadas, y posiblemente, en principio, de la misma familia tribal que habita al lado; así como enfatizó en sus estudios y en su honradez cuando ingresó a la Compañía como *office boy*, así lo orientó después de algún fracaso sentimental y hasta en los duros meses del abandono de la madre.

-Tal vez se consolaba y se rescataba a sí mismo –murmura Luis Samán esta tarde, ante el recuerdo del padre abandonado y ya muerto.

Todo eso ha impregnado estas tardes en Tander: la evocación de lo remoto y lo inmediato, la reconsideración de aquellos detalles en que la vida parece hacerse sólida, duradera, como si escapara del ritmo que quiere borrarla. Ahora Luis regresará a Caranat; Isaka le pide unos meses más para

irse con él a Ciudad Vieja. Y Luis tiene que acceder: no desearía estar ni un día separado de ella. Bien puede renunciar a su trabajo o, como lo han hecho, solicitar un traslado para ella que, bajo el influjo (¡quién lo diría!) del licenciado Cristóbal Ochoa, obtendrían en seguida.

Para Luis, vivir juntos le ha permitido completar a Isaka. Si en sus años de encuentros breves aquí o en Caranat todo anunciaba un equilibrio inusual, la realidad ha superado sus deseos. Isaka, flor absoluta, carece de cualquier debilidad que pudiera hacerlo presentir o pensar.

Aunque Luis conoce con fidelidad el proceso de su infancia, cómo se irguió desde el hogar humildísimo a su vida actual, le gusta escucharla referirse, siempre de manera impulsiva y afectuosa, a sus familiares. Algunos de ellos han continuado en los alrededores de Tander, por la vía del nuevo aeropuerto. Y su vínculo más notable y tierno está representado por Eddy, el carpintero. A veces Luis cree que a Isaka no le gusta pensar en sí misma, como si su breve pasado recomenzara, siempre nuevo, cada día.

Antes de saber desde Ciudad Vieja que era ella quien trabajaba para él, en el Departamento correspondiente de aquí, reconoció su eficacia, su exactitud. Cuando se vieron por primera vez, atendió de inmediato al secreto llamado que aquel cuerpo y la mirada nítida le extendían. Y Luis guardó como un antecedente profético su contacto con la madre de ella, la anunciación del futuro que ese momento forjó ante la puerta de su vieja casa y sobre el rumor del mar.

Lo que ha ocurrido entre ambos durante este año y medio es un rito de aproximaciones y certezas como nunca lo ha vivido el hombre. Su edad debía haberlo mantenido alerta o inseguro: la juventud radiante de Isaka podía haber

sido un peligro, un borde para el agotamiento físico o espiritual. Pero la coincidencia mantiene un deslizamiento sinuoso, un fluir de reposo y pasión en que ambos carecen de juventud o madurez.

Y no hay otra razón para que esta mujer deba permanecer un tiempo más en Tander, excepto que quiere organizar de manera muy controlada las actividades laborales de su hermano y acompañarlo mientras profundiza su tratamiento. La mejoría ha sido notable. Luis está seguro de que el carpintero, al fin y al cabo responsable, sensible y dotado para hacer de su oficio una tarea superior, logrará establecer su vida.

Allá, en la Compañía (Luis sabe que ha cambiado de nombre, pero prefiere denominarla como en su juventud), según Cristo, Cristóbal Ochoa, todo marcha de manera adecuada. Hay nuevos planes y los proventos del petróleo están siendo aplicados con una razón de utilidad social.

-Si tengo a Isaka –se dice Luis Samán, mientras cae la tarde, esta última tarde de sus días aquí-; si duplico mi sueldo y, además, puedo ofrendar a la memoria de mi padre un gran trabajo de proyección humanitaria, seré como un santo. Colocaré mis manos tras de la espalda y ocuparé el lugar del licenciado Ochoa –concluye sonriendo para sí mismo.





12

Sabe que sus párpados tiemblan, pero no lo sabe. Y no verá a la docena de motorizados que avanzan por el centro de la calle. Retumban los escapes, tiemblan los rostros bajo los cascos, el metal de los volantes. En cambio distingue a un lado, en el centro de la imagen, la primera de las delicias: bajo un bosque de manzanos seis personas desnudas hablan o comen rojas frutas. Cuerpos en su plenitud. Un hombre acerca también una fresa gigante. La piel clara llega a brillar, las mujeres tienen cabellos dorados y el contraste entre verdes y carmesí hace vibrar al conjunto.

Más abajo un joven con rostro calculador y mirada aguda mete flores en el culo de una chica agachada, que se ríe. Su compañera, mira de frente; con el rostro dentro de una luminosa flor transparente, parece protegerla. Y hacia la parte central de la imagen alguien transporta sobre sus hombros una almeja muy grande: dentro de ella un cuerpo joven, acostado de lado, exhibe perlas en sus genitales y de la otra persona, seguramente abrazada a su pareja, sólo puede ver, por la inmensa concha de la ostra, los pies que reposan.

La sensación de extrañeza y de placer es tal que no quisiera ni respirar; todo lo suyo está concentrado en este despliegue de formas dulces e inquietantes. Él es cada una de los seres y las cosas que toca u observa.

Y sin embargo, sabe, sin saberlo, que sus párpados se agitan. Como si sus ojos se hubiesen extendido hacia la frente y la boca. E involuntariamente parpadea y todo cambia: en efecto los doce motorizados ya no avanzan sino

que se han detenido en la puerta pintada de blanco. Los escapes crean un rugido y hasta puede oler la gasolina. Los hombres retiran sus cascos casi al mismo tiempo; por la puerta llega una luz dura, violácea. Algunos con bigotes hirsutos, tres calvos y los demás con cabelleras que se levantan, ásperas. De diversas edades, son hombres fuertes. Dos mujeres y un niño vienen de adentro y se detienen en la puerta.

-Es mi tío –cree escuchar.

-Si hijo, mi hermano que ha venido a despedirse –susurra una de las mujeres.

Él no está seguro de lo que escucha, pero ahora los motorizados giran en círculo, con su ruido infernal. Algunos gritan o lloran o rezan. Y de pronto comprende que se encuentra frente a una funeraria, dentro y fuera de ella a la vez. Quizá sea medianoche. Los hombres están despidiéndose de aquel de ellos que es velado adentro. Aquí, mujeres y hombres viejos se inclinan unos hacia los otros como si también rezaran. Dos niños duermen sobre sillas.

¿Una manzana de sangre, una fresa gigantesca atraviesa la humilde sala, como si saltara sobre sus pies o sus manos?

Al unísono, los de las motos se marchan. Desde sus párpados él sabe que el joven dentro de la urna fue abaleado ayer. Y entonces irrumpen tres motos diferentes: sus conductores sin cascos traen las caras tapadas, dejan los vehículos encendidos en la puerta. Penetran corriendo, disparan sobre el ataúd.

-Hay que matarlo dos veces –grita uno.

-¡Cuidado! Es mi hijo, déjenlo muerto en paz –clama la madre.

Los hombres giran y disparan sobre los niños y las mujeres. Un viejo trata de golpearlos con su silla, pero cae también. Las coronas vuelan, la sangre impregna el piso, caen las velas.

Los motorizados saltan a la calle y desaparecen.

Luis Samán despierta restregándose los ojos. Qué mal sueño, este primer sueño de una de sus primeras noches en Caranat.

13

-El licenciado Ochoa no ha llegado, pero estoy encargada de instalarlo en su oficina – con estas palabras lo recibe una mujer alta y de traje rojizo, muy ajustado. Ha dicho su nombre, que Luis no escucha claramente.

Todo sigue igual, podría pensar. Están en el piso de los gerentes, pero un leve deterioro asoma en las paredes y los muebles. Antes de subir, el edificio de siempre también le pareció despintado y media calle estaba llena de personas con aire de trasnocho, de borrachera o de drogados. Algunos hacían colas, otras se agrupaban al azar. Y muchos seguían durmiendo bajo pedazos de periódicos o retazos de cobijas. ¿Qué pasaría, quiénes serán?

-¿Y la secretaria ejecutiva, Magda? –pregunta Luis a su acompañante del traje rojizo.

-¡Ah! ¿No lo sabía, doctor? La señora Magda murió hace dos meses.

-Cómo lo lamento, de verdad.

-Pero la señorita Smith, una de las nuevas ejecutivas vendrá a verlo apenas yo lo instale en su despacho.

-Muchas gracias. ¿Es aquí?

-Si, la verdad es que han cambiado ciertos espacios. Yo también soy nueva y creo que antes cada directivo tenía una oficina propia. Ahora este gran salón, dividido por tabiques, sirve a seis personas. Pero como ve...

-Es muy amplio y está bien instalado. ¿No molesta la conversación de un lado con la del otro?

-Ahora casi nada se trata de manera individual.

-Comprendo.

-Aunque el presidente de la Petrolia puede realizar reuniones muy estrictas y aisladas.

-Bueno, son cambios.

-Aquí están sus equipos, claves de sistemas, etc. Y en esta sección puede usted recibir personas y realizar consultas con tranquilidad.

-Muy bien, comprendido.

-¿Todo en orden?

-Sí.

-Dentro de poco llegará también el licenciado Cristóbal Ochoa. Aquella sección es la suya. Con su permiso, voy a avisarle a la directiva Coro que usted ya se encuentra instalado.

Luis Samán observa con atención su nuevo sitio de trabajo y queda satisfecho; equipos y moblaje parecen funcionales. Uno de los grandes ventanales del piso queda a su lado; su solo resplandor fortifica y acoge. Aunque por él ve una parte de aquella turba de mendigos que parecía hacer cola.

Se levanta y recorre el pequeño pasillo: todo es transparente, quizá cómodo, ahora que no hay nadie. Echa un vistazo al reloj. ¿Será que hoy todos se han retrasado? Ciertamente que había tráfico pesado, pero él llegó a tiempo. Las oficinas o secciones están desiertas. Avanza un poco y se devuelve con rapidez: ha creído ver tras la protección de cristal un rostro conocido: el de Hernández. ¿Es posible? ¿Por qué no? ¿También dirige algo importante aquí?

La sorpresa lo lleva a otra: desde el ascensor del fondo viene por el gran espacio central alguien vagamente conocida: una mujer joven. Cree recordarla y, a la vez, estar seguro de que nunca la trató. Ella enfila hacia el pasillo donde él espera. A medida que la figura se acerca, Luis duda. ¿La vería, desnuda, en su sueño?

Ella tiende su mano, lo saluda con deferencia.

-Soy Coro Smith, de la dirección presidencial. Bienvenido. ¿Le ha gustado su oficina?

Hermosa, ¿tan joven como parece?, de sobria elegancia y desenvuelta. Luis siente la fuerza de su mirada: los ojos verdes y chispeantes, la boca jugosa. Y aquella melena cobriza, partida en el centro por un mechón blanco. La dulzura de una fiera, algo que se comunica con él no a través de las

palabras ni del mundo petrolero sino del tiempo olvidado, de esa zona arisca que rodea sus testículos. ¿El sueño, las fresas?

-Se han hecho cambios, pero me parece que deben ser funcionales. Ya estoy listo para comenzar. Usted dirá.

-Reciba el saludo del presidente de la Empresa, está con el Ministro. ¿Nos sentamos? Le he traído algunos documentos y este archivo electrónico, que usted verá cuando lo desee. Por su experiencia, por su especialidad, le corresponde una función de alto nivel y muy delicada: redimensionar objetivos generales, de los cuales sólo pueden hablarle el presidente de la Empresa o el Ministro. Muchos de esos objetivos ya están definidos. Digamos que se trata de un área técnica o comercial. De ellos, como le decía, derivan aplicaciones sociales. Y en este caso, el responsable es el licenciado Ochoa, quien no tardará en llegar.

-Muchas gracias. ¿Y con usted?

-Por eso estoy aquí. Digamos que sería una intermediaria, tanto para lo que depende del presidente de la Empresa como para la gestión comunitaria.

-Entendido.

-Después de que usted hable con el licenciado Ochoa, estaré a su disposición. ¡Y mire! Hablando de él, aquí está. Me retiro, entonces. Ha sido un placer.

La hermosísima mujer parece agitar su pelo y sus ojos con el elegante movimiento de una yegua; su mano es cálida y la boca sonrío más allá de sí

misma. Luis Samán pretende concentrarse en el instante oficinesco, pero su viejo cuerpo ha recibido una descarga de inquietante energía.

Tal vez por eso, casi encandilado, le lleva unos largos segundos apreciar la silueta de Cristóbal Ochoa, quien lo saluda con respeto, de pie. Quizá por eso, percibe al hombre como era antes: un lampazo de ceniza, un trazo inacabado, con su traje gris y su mano izquierda en la espalda.

14

La eficazísima Magda había muerto, pero la muy joven Coro Smith no desmerecía en agilidad, conocimientos y firmeza para trabajar. Apenas llegaría a los treinta años y dominaba varios idiomas; su capacidad para el manejo de personal, discreta y convincente, resulta también singular. “Demasiadas cualidades” pudo decirse Luis en principio, pero semanas después se rendiría ante la evidente calidad de la mujer.

La Gerencia ha cambiado de manera positiva: es el juicio de Samán. Hernández y Ruiz continúan allí, pero apenas se le han acercado; en cambio,

todo un personal nuevo, flexible, fácil de inducir a las concepciones de Luis, lo sigue con atención crítica y deseos de ascender.

“Redimensionar”, la palabra utilizada el primer día por Coro, fue confirmada por el nuevo presidente y por el Consejo de la Petrolera. Nada mejor para Luis, quien la ha convertido en blasón para su gestión de estos meses.

Asesorado en más de un sentido por la perspicaz Coro y con la anuencia de los más altos ejecutivos, aquél aplica su metodología con aceptación creciente. En su oficina todo le es favorable y ya ha recibido alguna valiosa notificación gubernamental acerca de su trabajo. Para él, en verdad, nada más sencillo: quien conoció los estratos inferiores y desde el más profundo núcleo el funcionamiento de la Compañía, aparte de haber presenciado –y hasta determinado- la transformación de la misma con los años, tiene claros algunos errores del pasado. Errores para el avance de la producción y para la multiplicación de las ganancias. Lo otro, la acepción y la aplicación social que actualmente se acepta como prioridad, no le corresponde, aunque con gran frecuencia el licenciado Cristóbal Ochoa y su comité reciben también sus orientaciones.

Bajo la concepción general del gobierno y con la confianza de los directivos, Luis Samán propuso, y así fue aceptado, tomar como modelo el sistema ERP, que ha estudiado con profundidad. Nada más urgente que redimensionar los objetivos económicos y sociales de la empresa; convertirlos en vectores de acción y desde ellos estructurar una red coherente para cualquier actividad, desde las más complejas y de alto rango hasta las minucias cotidianas.

Sólo que partiendo de aquel Sistema, Luis Samán ha introducido adaptaciones flexibles, que le permiten controlar rasgos locales del personal y factores geográficos y climáticos. En su mente, una verdadera catedral de principios y funciones transparentes. Muy al comienzo, cuando meses atrás iniciaba los cambios, alguna mirada suspicaz notó en elementos del personal joven, pero todo fue superficial y rápido.

El diseño de Samán parte de un estricto inventario: claridad para la nómina nacional de trabajadores, en todas las categorías; información precisa sobre las plantas de producción, calidad, localización, equipos, capacidad de realizaciones, rendimiento día a día, mantenimiento de pozos, maquinarias, ductos. Identificación de pozos con mucha utilidad, de otros con poca. Evaluación, control de cada refinería. Conocimiento extremo de lo explotable y de las posibles reservas; calidad y cantidad de petróleo ligero, del pesado. Producción e investigaciones con el gas, la gasolina, el krull, el plástico. Ejecuciones de la empresa misma, necesidad de subcontratos. Cálculo y costos de la relación con los proveedores: colocación de materiales en el sitio necesario, visión futura de los requerimientos.

Con orgullo, Luis Samán advirtió como lo que restaba de la antigua empresa (eficaz y exitosa siempre, pero sometida a peligros de cálculos erróneos y a la corrupción) era absorbido por su impecable modelo. Cada cuatro días es llamado por los ejecutivos a reuniones de consulta y evaluación y en ellas los elogios crecen. En pocos meses su Sistema va actuando como un gran cerebro que refleja y evalúa a la Petrolera entera. Sus módulos son interactivos y aquellos recursos electrónicos que Coro le entregara a su llegada, han sido transformados en nítidos artefactos de funcionamiento, accesibles hasta cierto punto para los subalternos de Caranat, del oriente y el

occidente del país, y sólo permitidos, y con reserva, al gobierno y a las autoridades precisas de la empresa.

Casi como un premio, durante una reunión triunfal en este mismo piso, cuando ya se ha iniciado la aplicación del Sistema en diversas regiones, Luis tiene el honor de ser acompañado por los ejecutivos y por varios ministros. La sesión es breve, sobria y significativa. Y en ella Samán puede llegar a adelantar un tema del futuro:

-Aunque eso no lo veremos nosotros, quizá sólo algunos de los muy jóvenes que ahora trabajan aquí, este Sistema podría irnos permitiendo investigar qué hacer cuando el petróleo se agote o sea sustituido por otra fuente de energía. El Enterprise Resource Planning pudo habernos traído a lo que hoy somos, pero nuestra idiosincrasia lo ha superado y por ello somos capaces de adelantos como les sugiero.

15

Con Cristóbal Ochoa el engranaje ha sido perfecto. Aunque sus alusiones al filósofo han disminuido, el antes indeciso empleado y ahora conciso ejecutivo, parece seguir sus ideas. También con sorpresa Luis Samán descubre en Ochoa una extraordinaria capacidad para convertir en asuntos concretos sus ideales.

En las oficinas de la Guardia Nacional de Palos, dentro de aquellas casas art nouveau construidas a comienzos del siglo XX y remodeladas como cuarteles, los Generales García Salom y Briceño habían recibido a Ochoa y su comitiva un año antes. Se les solicitaba colaboración para un plan piloto que sería aplicado en el siempre remoto sur del país. Más de cien mil beneficiados con la mejoría de servicios cotidianos –electricidad, agua-, asistenciales –salud, educación- y empleo. Esto último, como parte de la absorción que realizaría la Petrolia de mano de obra inmediata, de entrenamiento y formación para procesos de mantenimiento; y como derivación de recursos para estimular cultivos, pesca, producción local variada.

El General García Salom ya conocía muy bien la zona y Ochoa le amplió la posibilidad de contactos médicos para establecer un plan inmediato. El grupo fue muy bien atendido; el entusiasmo de Ochoa, según se desprende de un informe que Luis Samán conoce, aumentó.

Sin embargo, ahora, durante la tercera sesión de trabajo con el licenciado, Samán advirtió que ese entusiasmo se matizaba.

Tanto que, si bien esto no aparece en el informe, el mismo Ochoa contó a Luis cómo alertó a los generales sobre los responsables de la corrupción allá, por qué la Guardia no debe reprimir las manifestaciones que exigen mejoras en lugares remotos del sur y hasta indicó –lo observó él mismo– que la Guardia había sido cómplice de injusticias en los años del gobierno anterior.

-Pero su informe, Ochoa, tiene ya varios meses. ¿Ha habido resultados nuevos?

-Según lo indican sus programas, doctor Samán, la nueva y profunda orientación social de esta Compañía implica aplicar “el piloto del Sur” como dicen aquí, a unos diez millones de personas. Casi la mitad de la población está en pobreza extrema y la idea es el desarrollo local de aplicaciones seguras que permitan superarla.

-Usted casi vive para eso, ¿no viaja en exceso?

-He querido supervisar yo mismo el proceso de administración en los centros comunales y las nuevas instalaciones.

-Y ¿qué tal?

- Veo que se trabaja con fuerza; hay dificultades en el proceso de distribuir adecuadamente los fondos. Creo que es la primera vez en la historia del país que a la gente se da acceso directo a eso. Siempre alguien trata de centralizar lo que debería ser una gestión del comité. Pero las cosas avanzan.

-¿Y son de confianza los evaluadores en cada sitio?

-Hasta donde es posible, sí. Lo otro es que nuestro Sistema –que usted conoce mejor que yo- impide adulteraciones en el proceso.

-Muy bien, entiendo entonces que aunque haya tropiezos de funcionamiento el plan puede llegar a tener éxito y ser transparente.

-Es lo que espero.

Mientras lo escucha, Luis Samán echa un vistazo al ventanal próximo: la inmensa fila de miserables atraviesa la calle. Ya no le sorprende, es casi parte de la Compañía. Hasta podría sentir su hediondez sino estuviesen separados por los grandes cristales.

-Y aquí le he traído los resultados de la zona occidental. Una verdadera maravilla. Ya sabe usted que allí estuvo el origen de nuestro destino petrolero. Quizá porque la gente supo agruparse y defenderse a tiempo, persiste un estilo de orden. Hay una que otra falla, tanto de funcionamiento en ciertas actividades como en la administración, pero son mínimas y, quizá, culpa de lo que giramos desde aquí. Cada vez que voy algo se ha corregido.

-Lo felicito.

-Pero exige mucho esfuerzo.

-¿Y no cuenta usted con personal adiestrado?

-Creo que allí está uno de nuestros problemas. Claro que tenemos personal adecuado, pero se requiere siempre de gente nueva. La recibimos, la evaluamos, se les prepara y sin embargo reaparecen las fallas.

-¿Administrativas?

-Sí.

-¿Por desconocimiento?

-Al contrario, creo que en algunos núcleos han llegado a superar el Sistema, lo manipulan y alteran.

-Pero se trata del personal nuevo, reclutado por nosotros o, en su mayoría, enviado y seleccionado por el gobierno. ¿Qué puede estar pasando?

-Quizá falta de tradición, habrá que ser más rígidos. Sin embargo, predomina lo positivo. Como le decía, en casi todos los núcleos ya se ha logrado lo que en otras áreas del país apenas comienza: un personal eficaz, altos niveles de producción, seguridad y, sobre todo, la proyección de ese esfuerzo en la comunidad. Usted recorre hoy barrios que eran un desastre y se asombrará de la limpieza, de las actividades comunales, del buen funcionamiento de los servicios públicos.

-Magnífico. Lo otro, entonces, es menor.

-Sí.

-Debemos ser optimistas. Me parece importante que asista usted a la próxima Junta, dentro de cuatro días. Informaremos de manera directa y escucharemos sugerencias. ¿Le parece?

-De acuerdo.

Cuando queda solo, Luis Samán tiene la rara sensación de que el licenciado todavía está frente a él, de pie, como ocurrió hace algunos segundos y como solía suceder años atrás. La luz potente del ventanal recorta una

especie de silueta de polvo, de harina, un vacío dentro del aire. Luis no está mirando hacia ella, pero en su frente persiste ese fulgor tenue y un hálito de compasión, de inexpresable solidaridad lo invade.

¿Es posible que exista un hombre así? Puede repartir sus horas en una esposa dúctil y serena, guardar vínculos hondos con las familias de ambos, atender a sus dos hijos, dedicar un esfuerzo casi sobrehumano al trabajo diario y sin descanso de la Compañía. Todo bajo un sueldo estricto, adecuado es cierto, pero sin búsqueda de posesiones, de ostentación. Durante años Luis lo había visto trabajar y guardar esa formalidad; pero ahora esa potencia se eleva como un deber supremo, hacia la Compañía y hacia la colectividad. ¿No se trata acaso de un grado de santidad?

Aún bajo el efecto de la silueta blanca, dentro del aire de la oficina, Luis Samán siente un leve estremecimiento.

Hace seis meses, a su llegada, Luis Samán fue instalado en un hotel elegante y próximo a la sede de la Petrolera. Avisó del regreso a sus amigos de Caranat, pero en verdad sólo ha podido verlos en breves ocasiones; no imaginó que las exigencias del trabajo lo absorbieran como ha ocurrido. Tampoco fue posible que Isaka se viniera de manera definitiva y con la rapidez deseada. Para Luis la ausencia de su mujer era casi dolorosa. La necesitaba con ardor y la temporada junto a ella en la casa de Tander resonaba en su corazón como un triunfo definitivo. Él no pudo apartarse de la Compañía, por lo que Isaka vino durante los fines de semana, en los primeros cuatro meses.

Pero hoy Luis Samán ya está en el cómodo apartamento que ha alquilado y que Isaka no conoce. Precios y escasez de construcciones hacían complicado hallar un buen lugar.

-Desde la Empresa nada es difícil –respondió Coro a su consulta, semanas atrás.

Tenía razón y era lógico. Basta el nombre de una empresa petrolera para que todo se resuelva. Luis no quería algo lujoso y así se lo advirtió a Coro.

-Para la Compañía es igual, no se preocupe.

-Pero debo pagar yo.

-Ya veremos cómo se resuelve eso. Insisto en que no debe preocuparse.

-¿Lo dejo en sus manos?

-Todo.

Y así fue. La urbanización es de primera, silenciosa y llena de árboles. Con el milagro de la gran montaña al frente, casi junto a su ventana. Le hubiera gustado mayor distancia, para contemplarla completa. Había algo de invasora en su grupa verde, tan cercana. El apartamento, amoblado con gusto y sencillez, acoge. En las mañanas, el hombre camina unas cuantas cuadras hasta su oficina. Allí tiene transporte, que utiliza poco. También desde su casa, los domingos, acude al parque con fruición.

Desde su llegada apenas había tenido tiempo de recorrer Caranat. Un sábado, con Isaka, fueron al centro.

-Creo que me ha venido la manía de hallar deterioro en todas partes. Quizá porque comparo esto con Tander.

-No podría opinar, conozco casi únicamente oficinas y restaurantes – respondió ella.

-Es que veo demasiada basura, gente sucia. Tal vez es que también comparo la ciudad de hoy con aquella en que viví cuando joven. ¿Te he hablado de eso? Calles estrechas y casas bajas. Después, algunas avenidas y edificios medianos. Para mí los ascensores eran fascinantes, como cuando llegaron los equipos de sonido fieles y pequeños.

-Claro que hay abandono y suciedad, pero el clima es chévere.

¿Cuándo ocurrió eso? La ciudad –o su edad- tiñe de vaguedad algunos de los hechos más próximos. Porque se suceden con demasiada intensidad. Hoy en la mañana fue al parque y su cuerpo aún expira energía, como si los músculos palpitaran.

Y lo que va a suceder dentro de unos momentos sigue pareciéndole increíble. No ha querido preguntarse qué significa todo esto, qué importancia podrá tener. En los últimos días se deja avasallar por la excitante sensación de poseer un cuerpo nuevo, de ser más joven, y por la táctil sucesión de los minutos, como si nunca hubiera habido algo similar.

Todo empezó hace una semana, sin que él hubiese advertido señal alguna. La eficaz Coro Smith realizó meses atrás, con su autorización, las diligencias para el alquiler del apartamento. Tal como ella anunciara, nada más fácil para un ejecutivo de la Compañía. Cuando hubo ubicado los sitios posibles, Samán fue a conocerlos. Terminó quedándose con este apartamento, por su ambiente espacioso, por la proximidad con su oficina y, desde luego, por la falda esmeralda del cerro.

Coro, al parecer también absoluta en su entrega a la empresa, divorciada de uno de los jóvenes ministros actuales, refinada y bella, insistió en acompañarlo el día de su instalación.

-Al fin y al cabo fue una tarea que hice con gusto. Permítame concluirlo.

En aquella ocasión, hace una semana, al pasar revista al departamento, ella sugirió que todo parecía muy frío.

-Con su permiso, simplemente voy a mover algunos elementos. Le gustará este toque.

Y enérgica y graciosa, Coro cambió una lámpara de lugar; acercó una mesita y la sala pareció sonreír.

Pero Luis Samán nunca hubiese esperado lo que ella hizo en seguida: se acercó a él, que estaba en el medio, se apretó a su cintura, quizá levantó una pierna hacia atrás, lo cual acentuó el contacto de sus vientres, luego levantó una mano, la pasó por sus orejas y sus ojos, cerrándolos suavemente, y entonces aplicó su boca amplia y móvil, succionando.

Luis fue empujado a un mundo de su juventud, en el que la piel y sus poros lo orientaban. Miró la caballera cobriza y el mechón blanco, que giraban con lentitud y ciñó aquel cuerpo magnífico, que parecía extenderse sobre el suyo milímetro a milímetro. Se sorprendió de la rapidez con que despertaban sus poderes y abrazó y besó, llevándola al mullido sofá. Sin palabras, Coro iniciaba caricias no conocidas o respondía con ellas.

Cuando se separaron horas después, Luis ignoraba en qué día de su vida estaba; cómo había sido antes él mismo y qué ocurriría después. Sólo llegó a intuir que no podría seguir sin ella.

Han pasado sólo ocho días y esta tarde Luis ha preparado todo como para una boda. Flores y champán, el collar con un diamante espléndido; solicitará a un restaurante próximo la comida acordada, en el momento oportuno.

Coro no tardará en llegar. Prefirió venir aquí, ya que de algún modo, comentó riendo, se trata de la “casa que he organizado”. Y con ella arribará un aura de alegría, de seguridad, de luz citadina. No porque Coro haya nacido en Caranat, sino porque sus viajes y su formación cosmopolita le permiten moverse como si estuviera en cualquier lugar de moda en el mundo. Poco sabe Luis de ella, aunque su fama como ejecutiva eficiente no sólo la envuelve en la empresa: recibe comunicaciones y ofertas de grandes países. Luis lo sabe y

le gusta. Su cuerpo, sus ojos y sobre todo el móvil mechón blanco le han traído también sensaciones e imágenes de los años universitarios. ¿Quién fue aquella mujer, cuyos rasgos encuentra otra vez? La interrogó un poco. No, Coro no habría nacido para entonces y cuando eso sucediera sería llevada en seguida al exterior.

Esta tarde, mientras espera, Luis Samán se dice que, con los años, tiende a encontrar que mucha gente se parece entre sí. Como si el repertorio de la naturaleza se agotara. O él. Quizá por eso...

Y en seguida llega Coro, sobria y radiante. La caminata de la mañana prolonga su efecto en los músculos de Luis; está flexible y como recién aceitado. Además, se ha preparado de manera especial. Le esperan horas de plenitud y ternura. Sus ojos la devoran; los de ella reciben como si aquel hombre alto y experto pasara a ser un juguete vital, un relámpago en el brillo más profundo de sus pupilas.

La noche juntos permite a Luis completar cuanto había podido ofrecer una semana antes. Y Coro lo sigue en ese movimiento de unidad corporal, como si hubiesen acordado cada detalle. Duermen poco, el amanecer los recoge como a dioses extraviados en alguna luminosidad intocada.

Cuando vuelve a quedar solo Luis se dice sonriendo que Coro Smith es incomparable. Y piensa que debe traerla consigo. No basta con sentirla cerca durante muchas horas en la oficina; es su presencia activa, refrescante, poderosa, lo que debe limitar cada momento suyo: comprobar que existe porque esta mujer insufla realidad a sus gestos, a sus gustos y a su condición más íntima.

Si pudiera reconocerse ahora de mejor manera, Luis diría también que las otras dimensiones de su vida se han cubierto súbitamente con un velo, con una sustancia gaseosa y suave, que las debilita, las aleja, las extermina. Gesticula por un instante, oponiéndose a esa ocurrencia suya, pero después decide dormir. Y lo intenta.

Hernández y Ruiz. Al mismo tiempo. Afectuosos y sólidos, aunque una triple panza asoma en cada uno de ellos, bajo la corbata. Han venido muy temprano, quizá porque conocen los hábitos de Luis Samán, quien llega a la oficina antes que nadie. Se han visto y saludado con distancia muchas veces; también coinciden en alguna de las reuniones semanales. Pero tener juntos, frente a su escritorio, a Niquitao Ruiz y a Florencio Hernández resulta una verdadera sorpresa. Abogado y periodista, venido de los estratos más humildes, directo y suspicaz, pero capaz de tejer redes sucias a cada instante, uno; el eterno y oscuro oficinista, educado en colegios de gente rica, discreto, fino, hijo de un fabricante de telas, el otro.

-¡Caramba, ingeniero! Qué caro se vende usted, hace días que queríamos venir a verlo con calma –Y las blancas orejas de conejo de Hernández tiemblan con levedad.

-Qué buena sorpresa, amigos. Siéntense.

-Nos llegan ecos de tu éxito con el nuevo programa –Y sobre la triple panza de Ruiz la corbata parece una coqueta serpiente.

-Nada raro tratándose de ti, la verdad.

-Es que la nueva tecnología, con sus equipos cada vez más precisos y minúsculos y la facilidad de los satélites hacen todo.

-No te hagas el modesto. Se necesita coco para torear todo eso. Y usted lo tiene.

-Bueno, hago lo posible.

-Si mal no entiendo, hay un sistema que interconecta todo, desde las operaciones más simples en los pozos de occidente y oriente hasta las decisiones que el gobierno emite.

-Es verdad.

-¿Y nadie se enreda? Disculpa una pregunta tan pueril.

-Puede ocurrir, de hecho en alguna ocasión hemos tenido dificultades así. Pero también se resuelven de manera rápida.

-Qué suerte. ¿Recuerdas, doc, cuando trabajábamos casi a mano? Necesitábamos una secretaria para todo.

-También ahora.

-Pero, claro, de manera distinta.

-Supongo que sí. Precisamente Hernández y yo nos hacíamos preguntas sobre estos avances. Y claro, podríamos decir que tu y nosotros, ingeniero, hemos pasado la vida aquí. No se ría, es verdad. Usted se retiró por dos años ¿no? Pero aquí, felizmente, lo tenemos de nuevo.

-Claro, usted se fue bajo otras circunstancias. Aquellos gobiernos tenían una idea del petróleo como si fuera Dios. Había que cuidarlo y guardar sus resultados como un tesoro aunque tal vez no ocurriera así. Pero estamos en nuevos tiempos, y tal vez por eso fue llamado usted.

-Es verdad, cosa que agradezco.

-Pero, me digo yo, de algún modo los gobiernos de antes y el de ahora igual, siempre son cosas de afuera. La Compañía existe para sí misma. Lo de

afuera la rodea, la utiliza, pero nosotros seguimos en lo mismo. Nuestro corazón es el petróleo y lo que origina: dinero.

-O poder.

-Y..., perdona Ruiz, el nuevo concepto, ese que aplicamos últimamente orienta todo hacia la aplicación inmediata, la acción social, como la llaman. Cosa que me parece admirable y que no entiendo por qué no lo pensaron así otros gobiernos.

-No es asunto nuestro, Hernández.

-Lo sé. Pero hubo entre nosotros gente que presentía lo que está ocurriendo.

-¿Te refieres, por ejemplo, al licenciado Cristóbal Ochoa?

-En efecto, ingeniero. ¡Quién lo hubiera dicho! Recuerdo parrafadas que el licenciado soltaba de vez en cuando, para ser sincero creo que nadie lo escuchaba con seriedad. Y fíjense. El licenciado Ochoa, con un equipo de primera está dirigiendo prácticamente la sección más publicitada, más popular y elogiada por el gobierno de nuestra Compañía.

-Sección que tal vez, doc, es el tentáculo exterior más fuerte que la Compañía ha tenido en toda su larga historia fuera de ella.

-Claro, es casi la mano derecha del gobierno. Si acaso no el sostén puro del gobierno.

-Me asombran ustedes, amigos Ruiz y Hernández, con sus apreciaciones. Es normal trabajar dentro de un plan y no advertir el efecto exterior del mismo. Pero creo que tienen razón.

-¡Y con los precios actuales del petróleo y los krulls!

-Bueno, estamos entonces cumpliendo el sueño del licenciado Ochoa y dándole al país lo que merece. Una buena razón para estar satisfechos. ¿No creen ustedes?

-¿Satisfechos? Ingeniero: creo que tu entregas tu vida al Sistema, a los planes generales que nos llegan de fuera y, desde luego, al cumplimiento de las exigencias que la acción del licenciado Ochoa cumple...

-¿Pero?

-...perdona nuestra audacia, tal vez sería oportuno observar mejor no el resultado inmediato de algunas actividades sociales y ni siquiera los gastos del licenciado, que creemos justificados por lo que va logrando, sino el destino de grandes presupuestos que, al salir del Sistema, no parecen tener destino claro.

-Se dice que la gente del gobierno gasta demasiado.

-Pero, como ustedes mismos han dicho, una cosa es la Compañía, su claridad interna, su rigor administrativo, y otra las gestiones oficiales.

-Estamos seguros de tu honestidad y tu eficacia, doctor. Nos conocemos hace décadas. Pero sería una lástima que tanto dinero se convirtiera en disfrute de gente nueva, improvisada, inconsciente del trabajo que nos acarrea. Que esa plata se pierda miserablemente en improvisaciones, dádivas y quién sabe qué rollos.

-La Compañía cumple con su deber.

-Pero nosotros, Samán, también somos la Compañía, ella es como nuestra madre.

Se acerca una chica que pide permiso y ofrece café. Todos aceptan. Luis Samán no quiere dar importancia a un detalle curioso: mientras hablaba, a Hernández las blancas orejas fueron transformándose en ásperos órganos de perro y oscureciéndose. Pero la culebra de Ruiz no volvió a aparecer. Cuando se levantan, dice Niquitao:

-¡Ah! Ingeniero, ¿sabe quién murió recientemente? Aquel jefe nuestro, Alcántara. ¡No sabe cómo discutí con él para que usted fuera ascendido en aquellos tiempos! Y ahora, ya vemos...

18

La noticia es alarmante y Luis Samán hace un esfuerzo por darle su magnitud: Eddy ha muerto. La llamada de Isaka, en la madrugada, lo confirmaba. El mensaje fue entrecortado y rápido; la mujer apenas podía hablar. Luis permaneció despierto, tuvo el impulso de ir al aeropuerto y volar en seguida hacia Tander; quería acompañar y consolar a Isaka. Nadie como él comprende cuánto le duele esta pérdida a ella.

Hace demasiado tiempo que no la ve, porque el trabajo no se lo ha permitido y porque no insistió para que Isaka viniera a Caranat. ¿Cinco meses desde que comenzó a vivir en el nuevo apartamento?

Eran las dos de la madrugada y el hombre permaneció en vela, envuelto en una rara lasitud. Más tarde llamó e Isaka misma, ahora más contenida y segura, fue narrando algunos detalles.

-Como sabes, con el tratamiento y la terapia habíamos logrado mucho. Prácticamente desde tu salida de aquí Eddy volvió a su negocio, estaba entusiasmado y había logrado una nueva clientela. Le encargaban trabajos. Hacía muebles cada vez mejor acabados, y con gran inventiva. Todo era positivo, Luis.

-Entonces, ¿qué pudo pasar?

-Nadie puede explicarlo, al parecer la zona oeste de Tander se ha ido convirtiendo en refugio de guerrilleros. Vienen del otro país y se quedan aquí. En el fondo son narcotraficantes, todo el mundo lo sabe. Pero parece que

gente del gobierno ha comenzado a tener tratos con ellos. En vez de devolverlos a su nación, los utilizan acá para entrenamientos. No sé de qué se trata.

-¿Y qué tenía que ver Eddy con eso?

-Nada, su debilidad. Ya te imaginarás el tipo de droga que esa gente distribuye. La más cara del mundo. Hace unos meses encontré a algunas muchachas preciosas y un tipo joven en el taller de Eddy. Le habían encargado una cama especial y unas mesas. Mi hermano los complacía. Creo que allí comenzó todo. No solamente le pagaron muy bien sino que lo fueron llevando al consumo otra vez.

Isaka solloza en el teléfono, parece perder fuerza.

-Me enteré de todo. Esto tiene tiempo ya, no quise decírtelo, porque pensé que podría controlarlo. Pero para Eddy fue peor. Nunca lo había visto así. Todo el día como enfermo, pero bajo una alegría feroz. Hasta que opté por pagarle una clínica especial y lo interné. Lograron mejorarlo unos días, pero fíjate que alguien introdujo material. La consumió de tal manera que, según me dice una enfermera, escapó anoche, se fue a la calle inconsciente. Estaba desnudo, sin control de esfínteres. Corrió así, mucho, hasta que cayó hace unas horas, en plena calle.

Luis Samán la consuela, le dice que pronto va. Cree ver al poderoso muchacho, ágil como un caballo, cruzando las arboledas y las calles, móvil entre los semáforos y las luces solitarias de la ciudad, hasta que cae en un vómito de sangre y diamantes en su cielo imposible.

Esta, sin embargo, es la impresión más fuerte que recorre a Luis Samán. Algo suyo quiere removerse, saltar hacia donde Isaka llora, llegar a Tander la del aire cálido, el sitio de su casa amada y del mar y la juventud, pero la red viscosa que toca sus movimientos es muy espesa e irrompible. Luis está despierto e inmóvil en medio de una realidad única, distinta, que lo posee y lo aleja. A su alrededor –o en sus venas- un río de niebla lo protege, deja sin sentido las palabras de Isaka, la muerte de su hermano, el dolor.

A su lado, en la noche de Caranat, los ojos maravillosos de Coro se entrecierran. Fueron abiertos con esplendor momentos antes, cuando él respondió el teléfono y durante la conversación con Isaka. Coro, que lo sabe todo, escuchó en silencio, atrapó la mano del hombre y la llevó a su pecho. Palpitaban sus venas para tranquilizarlo y luego fue cerrando los ojos con suavidad.

Aquí la ciudad está en calma, aunque Luis cree escuchar once disparos a lo lejos. La madrugada también es como un traje de algodón, que calma y convence. “Ya no soy el mismo” podría decirse el hombre, sobre todo porque, aunque se inclina junto a ella, no puede dormir. La respiración de Coro es táctil y suave como una rosa; y en ella está el mensaje más profundo que Luis puede concebir: toda esta plenitud también es un límite para su vida. Ya él no puede salir de este círculo mágico. Lo de afuera no existe. Sólo ellos, sólo él en esta edad de gracia y, tal vez, de conclusiones.

Piensa en Isaka con inmensa ternura. Qué lejanía. Así como Eddy desaparece dentro de un delirante mundo de placer, él, Luis Samán, no tiene otra opción. Coro nada ha hecho, carece de culpa. Está presente, como el cielo; sus palabras saben conducir cada día hacia lo que el día mejor brindará.

Es ilimitada en su energía para el trabajo, en su conducción de mil delicados asuntos laborales; y sin embargo, esa fuerza se borra cuando sale de la oficina. Cobra entonces un carácter de arcilla maleable, de seda; con ella resulta fácil notar cómo las desconocidas direcciones de lo diario se encauzan en la adecuada, en la determinante, en aquella que los mantiene coincidentes, inseparables mentalmente. Y qué decir del contacto entre la empresa y las autoridades gubernamentales: ella las cumple, las domestica, evitándole a Luis esfuerzos innecesarios. Una vez más se aplica el dicho: la empresa vivía dentro de sí misma.

También ocurre que Coro le ha traído algo desconocido o en lo que no volvió a pensar durante años: la dimensión de futuro. En las tantas horas de unidad, ella sugiere, propone resonancias que únicamente pueden adquirir forma en el tiempo que los espera y que, no obstante, hunde su fuerza en vivencias del pasado. Por ejemplo, Coro dice:

-Cómo me gustaría volver a otras ciudades amadas. No para estudiar o someterme a las disciplinas de antes, sino para practicar lo más simple: detenerme en el jardín de uno de esos grandes palacios, orar al pie de un vitral, sin verlo, sintiendo su luz; asomarme a una callejuela torcida y estrecha que tiene mil años. O simplemente pasar en tren entre campos de trigo o de girasoles. Comer una alcachofa en un pueblito italiano; ser recibida en el patio, en un colchón de alguna familia persa.

Y al escucharla, Luis el viajero despierta también. Ya no le importarán los aeropuertos ni las exigencias de seguridad de las aduanas. También él quiere inclinarse sobre un río civilizado que serpentea sobre finos puentes antiguos.

-¿Y por qué no? –concluye ella, soñando.

-¿Tal vez porque no tenemos dinero suficiente?

-¿Y si compramos este apartamento para ti? ¿U otro? ¿Qué te parece vivir en esta misma ciudad, en casas distintas y visitarnos como amantes clandestinos?

Horas así iluminan con risas y alegría el tiempo de Luis, la sustancia que Coro Smith reparte como incesante y tenue punto electrónico en la frente del amado.

19

Pero ese amanecer no trajo sólo la dolorosa noticia acerca de Eddy. Quizá lo que Luis Samán escuchara como disparos fue convirtiéndose gradualmente en sonido de tempestad. Desde la ventana él y Coro miraron a la montaña volverse tersa bajo la lluvia y recibir grandes cuchilladas de sol rápido que pasaban por sus flancos. Un espectáculo magnífico y sensual. Desayunaron con rapidez, queriendo ir a la Compañía muy temprano. Era

imposible caminar hasta allá, por lo que tomaron uno de sus automóviles para el pequeño trayecto. Siempre razonable, la previsiva Coro le había sugerido en su momento comprar más de un auto. Luis recordó un cómico personaje de la televisión que hacía todo en carro, pero no rieron.

Ya pasado el mediodía, cuando se esperaba que la lluvia amainara, comenzaron a llegar noticias de diversas partes de Caranat y del país. En la ciudad, los vientos huracanados devastaban zonas humildes; las autopistas habían colapsado y desde la inmensa montaña sus manantiales parecían haberse convertido en ríos.

En la noche el temporal arreció. Ciento veinte automóviles chocaron, saltaron unos sobre otros, incontrolables por el torrente, en una autopista principal. Se hablaba de niños arrastrados por los corrientales enloquecidos; un puente importante cedió. Inmensas zonas populares, cargadas de ranchos, se derrumbaban. En verdad, la temperatura, la nubosidad y la lluvia creaban la impresión de que nunca había amanecido.

Y esa atmósfera nocturna continuó durante tres días. En la Compañía hubo reuniones de emergencia, a las cuales asistieron ministros y técnicos de otras dependencias. El centro de las mismas, desde luego, fue el licenciado Cristóbal Ochoa. Samán estuvo a punto de sentirse orgulloso de él: mientras ejecutivos y ministros, elegantemente vestidos (tanto que aquello parecía un muestrario de altas casas de costura internacional) y con voces impostadas lamentaban los sucesos y proponían algunas soluciones, siempre generales e imprecisas, Ochoa narró concisamente cuanto la empresa había logrado: traer cuadrillas de obreros desde diversas zonas del país, sin abandonar las exigentes cifras de producción; rescatar a miles de personas, acondicionar

refugios en áreas despejadas; programar distribución de alimentación y ropa; controlar en lo posible la desbandada. En casi todo lo cual él había estado presente –cosa que no dijo, pero que se sabía y se notaba en su cansancio.

En efecto, la gran montaña está herida: los torrentes y los desprendimientos de rocas destrozan la vegetación. Y sin ella, la tierra parece sangrar. No sólo se va modificando el paisaje causando terror con la amenaza de las cumbres sino que en la gente brotan violentos impulsos de solidaridad, de protección, de derrota y maldad.

Hay entrega de comida y de afecto, pero también pillaje, robos, violaciones y muerte. Las noticias indican que ningún político de los antiguos partidos ha mostrado la cara. Y para colmo, el nuevo presidente del país habla sin cesar, habla, confundido e insensible, como si estuviese en una sórdida telenovela.

Cristóbal Ochoa ni siquiera se ocupa directamente de supervisar el gasto de los fondos necesarios. Ha indicado cifras, ha firmado solicitudes, pero son los gerentes y las órdenes gubernamentales las que determinan la dirección y el consumo de los recursos.

Mientras escucha opiniones, en la tensa reunión, Ochoa tiene tras de sí una pantalla en la cual el noticiero del momento transmite imágenes suyas: puede verse al licenciado bajo la lluvia, oscurecido por el barro, levantando a una niña. Se oye el ruido de un helicóptero y una hermosa mujer, también desolada, se acerca ellos. Alguna voz anuncia que es la madre y que han estado durante tres días hundidas en el barro, recorriendo kilómetros desde rincones apartados hasta allí. Concentrado, Cristóbal no presta atención:

-La recuperación –dice- será prolongada. El país no está preparado para algo así, por lo cual tanto la Compañía como diversas empresas privadas y los Ministerios deberán estudiar de inmediato planes urgentes. La verdad es que apenas hemos logrado salvar un tercio de las víctimas. Y tampoco se ha procedido con eficacia en la recuperación. Media ciudad está en el suelo.

Cuando Ochoa se retiró, la directiva hizo elogios tímidos. Coro Smith fue efusiva:

- No hay cómo destacar y compensar las horas de entrega, la rapidez de acción, los mecanismos acertados que el licenciado ha establecido para remediar lo que ocurre. Y de manera especial, la delicada gestión de dirigir a miles de damnificados con dignidad. Su certera mano actúa, pero tampoco debemos olvidar que ha sido inspirado y respaldado por nuestro joven Presidente, por su concepción socializada de esta empresa, por su palabra conductora. –Y nunca como ahora el fulgor de sus ojos alcanzó a la audiencia, a Samán.

-De acuerdo en todo –asomó el Ministro-. Rendiré informe al presidente de la Nación esta noche. Con nosotros ha venido el general Eduardo Origuen, representante suyo, directo; él permanecerá aquí, para facilitar los contactos.

-Gracias, Ministro –dijo Origuen, un militar con párpados brotados, de finas manos, delgado, levemente calvo, de gran sofisticación en sus gestos, voz aflautada y cuya boca se mueve con la misma distinción con que lo hace la flor del culo-. Lo que el licenciado realiza se corresponde con nuestra idiosincrasia, por lo tanto, con el mandato presidencial. Yo, simplemente, permanezco aquí a la disposición de todos.

Y la reunión concluyó.

Pero Coro aguardó en la amplia sala, con gesto preocupado. Apagó el televisor y despidió a las chicas que traían agua o café. Samán continuó a su lado, en silencio. Algo importante y no personal quería transmitirle ella.

-Creo que hay algún peligro para la Compañía, Luis.

-¿A qué te refieres? ¿Instalaciones, equipos?

-No, felizmente eso está bien protegido. Y en aquellos lugares las lluvias no han alcanzado este nivel.

-¿Entonces?

-Ya sabes la inconcebible riqueza que le cae diariamente al país. Nadie pensó nunca que el petróleo pudiera convertirse en lo que es hoy. Y la venta de los krulls aumenta a cada minuto.

-Desde luego.

-¿Viste la actitud de los Ministros y de los otros gerentes?

-Pura aquiescencia, el licenciado no tendrá problema para resolver las cosas.

-Ese es el problema, Luis.

-No te entiendo, amor.

Y entonces la perspicacia de Coro Smith deslumbró a Luis Samán como nunca: el peligro estaba en que un inmenso caudal de dinero debería ser administrado por el licenciado Ochoa. La Compañía iba a traspasar billones a

su sección, para que con certeza y rigidez comenzaran a resolverse asuntos inmediatos y a planificar situaciones futuras.

-Creo que debes estar muy cerca de él, antes de que otros lo hagan – concluyó.

20

Ostarga, el filósofo, no puede ocultar su sorpresa y, hay que decirlo también, su alegría. Acaban de avisarle que alguien lo busca en la puerta de su cubículo en la universidad.

-Pero hombre, ¡cómo es posible! Pase, pase, licenciado Ochoa. Qué gusto me da verlo.

-Disculpe usted que haya venido sin anunciarme; pero alguna vez me dijo que en su horario estaban horas de consulta para los estudiantes y me tomé el abuso de venir.

-Tranquilo. Siéntese. Usted dirá.

-Temo hacerle perder tiempo y, además, que mi consulta no se corresponda con asuntos filosóficos. O sí.

-Bueno, también soy su amigo, ¿no?

-Claro, y debería reiterarle mi preocupación debido a que, en su momento, no logré interesar a Relaciones Públicas de la Compañía para que usted dictara aquel Seminario acerca de nuestro país.

-Recibí su carta de disculpa, entiendo todo eso.

-Se lo agradezco mucho. Mi consulta, Ostarga, en el fondo puede tener relación con la lógica y con algunas frases tuyas, dichas hace tres años o algo más; creo que fue durante nuestro encuentro en Tander.

-Usted dirá.

-Por favor, no crea tampoco que se trata de algo político, aunque tal vez lo sea.

-Me intriga usted, Ochoa.

-Porque tampoco está claro para mí.

-Hábleme con entera libertad.

-Amigo Ostarga, nunca olvidé sus libros. Y en estos años, durante los cuales lo he visto poco, ya sabe, excesos de trabajo con la Compañía, no pude sino llamarlo por teléfono pocas veces.

-Lo recuerdo.

-Es que pienso que usted probablemente escribió aquellas ideas acerca de nuestros rasgos como país para hacernos conscientes de ello y para mejorarnos.

-Es una aspiración; me gustaría que ese misterio que llaman filosofía se conectara de manera más inmediata con la gente.

-Precisamente: apenas iniciado el nuevo gobierno, ¿lo recuerda?, ya usted dudaba de que lo pensado por usted pudiera ser atendido. Fue así, ¿no?

-Sí, le manifesté algo de mi escepticismo en Tander.

-Ya le dije que no vengo a hablar de política, aunque la involucre. Creo que hay un problema de lógica tras de lo que me angustia. En aquella conversación me habló usted de dos casos memorables de locura gubernamental en nuestro país. A comienzos de 1700, el Gobernador Nicolás Eugenio de Ponte y Hoyo enloqueció, estuvo ejerciendo sus funciones y nadie lo advertía o fingían no advertirlo, por respeto o por temor. Hasta que la cosa fue notoria.

-Es cierto, el hombre murió en 1705. Y usted tiene razón: la lógica de la locura condujo a aquella sociedad durante un tiempo. Y como los de entonces éramos los mismos de hoy, el mal nos invadió hasta hacerse normal en esos años.

-Y luego citó usted el caso de Diógenes Escalante, en 1945. Una figura decente, importante en el momento histórico, cuyo mal tuvo que haberse iniciado antes. Y sin embargo llega a ser candidato presidencial con un inmenso reconocimiento.

-Claro. No llegó a mandar, fue retirado. Pero también toda una colectividad recibía su efluvio.

-A eso voy, Ostarga, me pregunto si como cosa que está ocurriendo *en presente*, puede la locura de un mandatario ser realmente advertida. El político y, sobre todo, si ha sido investido como presidente de la nación, carece de proporciones, a menos que la ley le sea rígidamente aplicada. Su desproporción responde por su capacidad de dirigir, de administrar, de concebir al país. Así, el magnetismo, la fascinación que ejerce o simplemente sus ofrecimientos, sus planes y promesas le permiten cualquier exageración. Sobre todos si las necesidades populares, si la ignorancia y la pobreza de las masas son vastas. Exageración que puede no tener límites (para la actividad íntima y personal del presidente; para su vinculación internacional; para sus delirios mentales) y que en nuestro momento pudiera parecer energía, capacidad poderosa de hacer, cuando en verdad es insania, un grado de locura, que aparece ante el país como normalidad.

-Usted tiene razón, hay allí un problema de proporciones, de ley, de lógica. Pero también de análisis psicológico o psiquiátrico, de interrogantes acerca de la comunicación inconsciente entre el ejercicio público del poder y su reflejo en la intimidad de los otros, de nosotros. El problema nos abarca a todos.

-Así lo supongo. Usted ha estudiado nuestras dualidades, la incertidumbre que nos conduce. Cosas de filosofía, lo sé, pero también de nuestra condición vulnerable.

-En efecto.

-¿Pudiera estar ocurriendo, Ostarga, lo del gobernador Ponte y Hoyo otra vez? ¿Qué estamos gobernados por un psicópata? ¿Por alguien que vive sin equilibrio lógico? ¿Alguien que puede representar a lo más profundo del país –a nosotros, a su gente humilde, a sus carencias- pero sólo para despertar la sordidez, lo primario, las incapacidades, la sospecha, lo tortuoso, lo instintivo, depredador y destructor? Antes tuvimos casos parecidos: el del alcohólico, el del mulero, el fanfarrón de la academia y las estatuas, el del bodeguero, pero parecen cruelmente inocuos ante lo que el petróleo concede a éste. Éste cuyo lenguaje es apenas la señal coprofágica de un individualidad desquiciada, que está terminando por contagiar al país. ¿Alguien que nos engaña porque nunca reconoce en sí mismo esos escondrijos de la podredumbre? ¿O que, por una inversión de la lógica, permite que nos engañemos al dejarlo gobernar?

-¿Cómo responderle? Usted habló de lógica, Ochoa. Empecemos por algo elemental: el mandatario miente...

21

Quince días después, el licenciado Ochoa pidió a Luis Samán una entrevista fuera de la Compañía.

-Véngase a mi apartamento, licenciado. Así podremos hablar tranquilos.

Y con su puntualidad habitual, se presentó Ochoa. Como si su antigua timidez hubiese regresado, permaneció de pie. Viste una chaqueta gris que

resultaba holgada, mantiene el brazo tras de la espalda y aunque mira directamente su cabeza está inclinada.

-Perdone esta molestia, le repito. Y perdone esta confidencia: lo admiré desde que llegué a la Compañía, hace tantos años, por eso me he atrevido a solicitarle este encuentro.

-No hay de qué, sabe cómo lo aprecio y más bien soy yo quien le agradece, Cristóbal.

-Creo que durante años, antes de su retiro, fue usted el único que puso atención a algunas de las cosas que yo decía. Para entonces era imposible realizarlas, lo sé. Y quizá yo exageraba, con mis idealismos. Le aseguro que no he cambiado, pero aquello que entonces yo encontraba en la literatura y hasta en la obra del filósofo que una vez le presenté, tuve la oportunidad de comenzar a realizarlo aquí. Todo ha sido, desde hace ya más de dos años, como la posibilidad de realizar un gran sueño. A usted le consta, desde que volvió. He recibido apoyo, recursos; hemos creado Organizaciones populares por la mejoría de la población. De manera indirecta usted ha respaldado cuanto hemos intentado.

-Gracias, era un deber.

-Pero la tragedia que acaba de ocurrir, que todavía está ocurriendo, me ha revelado aspectos de la situación que no imaginé. Y esta vez no se trata de la Compañía, a pesar de cierto desorden y de incongruencias en los trámites. Ruego a usted escucharme y nada más. Con alguien tengo que hablar. Confío en su discreción y su independencia de criterio. No vengo a pedir su consejo, yo proseguiré con el trabajo tal como lo estoy llevando. Viviré siempre para

la Compañía. O dicho de otro modo, ella es mi vida, como usted sabe. Pero esto es algo que no puedo confiar ni a mis padres.

-¿Tan personal, tan grave?

-Así lo creo. Nunca participé en política, usted lo sabe. Hasta que llegó el nuevo gobierno y su líder, profuso en promesas prácticas, en ideas de justicia y renovación; con él vislumbré la oportunidad de mejorar todo. Y en parte eso se ha cumplido. La inmensa población ignara y hambrienta se identificó con él y gente como yo se dispuso al trabajo de redención.

Pero el ensueño se está deshaciendo. Esta tragedia popular es una de sus pruebas. El líder parece extraviado ante los múltiples ensamblajes del país. No conoce la realidad, tal vez le falta experiencia. Lo que aparece como bondad y atención profunda a las masas termina convertido en un proteccionismo amenazante. Y pido su perdón por lo que voy a mencionar: creo que, habiendo surgido de una clase social media, él desprecia a los pobres. Se ha rodeado de gente cruel, tan ambiciosa como la de los gobiernos anteriores o más. Ha comenzado a ignorar la inteligencia, las ciencias, el arte, las universidades. Confunde el rescate de los pobres (trabajo y educación, bienvivir) con su perversión. No sabe encauzar los medios de comunicación sino que quiere *ser* ellos. Está comenzando a convertirse en una estrella pop y no en un ético vigilante de personas y geografías. Convierte la violencia verbal en violencia social.

Disculpe usted, ingeniero, este monólogo interminable; pero sólo hoy puedo decirlo y sólo hoy lo expreso, se lo aseguro. Caranat y el país, mil veces traicionados, parecían haber creado un líder impulsivo, sin dinero y sin ambiciones de poder. Tan sencillo como para poder sentir la humildad y el

sufrimiento de vastas poblaciones; tan sensible que podía citar versos de Whitman y a la Biblia. Pero hoy, la que había sido una de sus cualidades simples, el discurso encendido y directo, se transforma en una forma del vicio: el lenguaje comenzó a reflejarlo sólo a sí mismo y a una equívoca idea de la sociedad. Piénselo, ingeniero: usar las palabras es un peligro y nuestro admirado hombre patina sobre ellas, las usa desusándolas. Para someter a las masas las convence de su exclusión, pero en vez de trabajar por su recuperación, las impulsa a no trabajar, a un simulacro de estudios, a la invasión de propiedades, al atropello, a la flojera, a vivir de un dinero injustificado.

Paralelamente su sencillez se alteró: la ropa lujosa, los placeres desembocan en una maníaca obsesión por la diversión, los grandes viajes, gastos y lujos, cuyo emblema es un portentoso avión. Parece trabajar, nunca lo ha hecho, sólo juega de manera pueril. Todo esto mientras campo y ciudad se vuelven enfermizos, depauperados. Él mismo ha ido creándose un cerco maldito.

Ha recogido en su inconsciente las peores energías del remoto caudillismo y del partidismo. Su elipse luminosa sólo escondía el hundimiento, el regreso a las fuerzas más sórdidas de la psique personal y colectiva del país. Porque no hay duda de que él las encarna, porque están en nosotros. Y la envoltura cotidiana de todo eso no es más que el uso aplicado del petróleo, inocente y perversamente insustituible por ahora.

Vuelvo a solicitar sus disculpas. No tiene que decir nada, ingeniero. Su mirada me indica que ha escuchado con atención. Tal vez ya deba irme.

22

El mal tiempo comienza a pasar, aunque todavía algunas noches de lluvia fuerte amenazan la ciudad. La devastación de los cordones humildes (superpoblados, llenos de techos insanos) ha sido inmensa. Aún el río arrastra cadáveres y al levantar ruinas siguen encontrándose restos de cuerpos.

Esta noche, sin embargo, hay luna clara. El perfil de la montaña es dulce y parece proteger las luces de los edificios, a los habitantes. Luis Samán contrasta hechos y noticias infaustos, con sus caricias a Coro, que se abraza a él en el gran sofá de la sala. No han encendido lámparas y la luz nocturna llega hasta ellos como un canto.

De manera incauta, algo sobre la angustia demostrada por Cristóbal Ochoa días atrás comenta Luis a la mujer. Y ella responde con suavidad:

-Quizá Ochoa esté muy cansado, ¿cómo puede expresarse así? ¿No andará mal ese hombre? Quizá se le haya concedido demasiada responsabilidad en esto –Y parece escapársele una sonrisa.

-Es curioso, pero lo que hace se parece a cuanto aspiraba cumplir él desde tiempo atrás.

-De eso se trata, amor. ¿Cómo pudo el Ministro y hasta el gobierno en general confiar en él para darle tal jerarquía, no había nueva gente? –Y Coro evita inyectar suspicacia a su voz, aunque a la vez quiere que Luis la sienta.

-Se trata de alguien trabajador y honrado.

-Lo sé, pero pertenece a otro momento político, no es como yo o como tú que fuiste especialmente buscado. Nosotros somos de esta época y de los objetivos políticos actuales –Y sus gestos tienen acentos caritativos.

-¿Qué decirte? Es eficaz.

-No creas, Luis. –Se esfuerza por omitir un eco triunfal en su tono- Hoy he tenido una reunión muy especial con el Comisionado del Ministro, Eduardo Origen. Algo ha pasado a muy alto nivel, no lo sé ni puedo preguntarlo. Origen me sugirió intervenir en el flujo de los gastos concedidos a Ochoa.

-¿No lo hace correctamente?

-No se trata de eso o quizá sí, al contrario. –Ella parece dudar- En el estilo actual de la Compañía, la ejecución de partidas no puede ser auditada de inmediato; Origen cree que en esas partidas todavía sobra dinero.

-¿Y eso no es una prueba de honradez o de éxito?

-No, alguien muy alto, creo, sospecha que se trata de un espejismo. Que Ochoa o alguien se reserva dinero o que los gastos no tienen control o que el remanente está en peligro. No me quedó claro.

-¿Por qué te preocupa eso, queridísima?

-Por nosotros, Luis.

-No lo entiendo mucho.

-Te lo diré de otra manera, querido. El general Origuen ha recibido órdenes superiores y me pidió hablarte. Cuando llegues en la mañana irá con ese motivo a tu oficina. Creo, Luis, que en verdad se trata de una orden para ti también: los fondos para la misión que cumple Ochoa deben ser transferidos a otra cosa.

-Lo lamento por Ochoa, pero no creo que haya problemas para hacerlo.

-Es que la transferencia ha de ser secreta y por eso Origuen cuenta contigo.

-Supongo que la decisión, como has dicho, viene de muy alto.

-Sí, y esos fondos tienen que pasar al alto nivel de la Compañía, Luis, donde también estás tú. Y quedarse allí.

-¿Cómo? ¿Puedo creer lo que me dices?

-De nuevo: sí.

-Son billones.

-Lo sabemos. Y Origuen dice que la distribución debe ser proporcional. Ningún general puede recibir más que otro. Nosotros tampoco.

Las paredes de la sala centellean por un instante. El hombre aprieta los párpados. Esta mujer encandila o convierte el trazo de luna que se ha intensificado en un don personal. Luis no osaría convertir en palabras lo que está pensando; pero con su estilo a la vez crudo y cuidadoso, la hermosa Coro traduce la situación:

-Esos remanentes deben desaparecer. Cada Ministro recibirá un aporte, ignoro si también el Presidente del país. Pero de esta forma tú yo podemos cumplir con tantos proyectos personales.

En su voz aletean alusiones a viajes, a la nueva casa, a la dicha elemental y siempre poderosa, como el paso de la luna más allá de la ventana.

Son las diez de la mañana y Luis Samán está punto de colgar el teléfono. Hace dos semanas fue fijado este encuentro. Al atender el repiquetear pensó que se trataba del general Origuen, por quien espera. Ha respondido y del otro lado sólo proviene un sonido incongruente, como si alguien mordiera la bocina; pero insiste y entre sílabas desconocidas reconoce su nombre. ¿Quién puede ser? La lengua y los dientes chocan, allá, sin acertar a modular claramente o lo hacen y el sonido que emiten es pegotoso, almidonado: choque de piedras mojadas, impregnadas por saliva espesa, eco pueril producido por un niño que masticara un chicle infinito. De pronto nota cómo la voz más que hablar grita; tal vez por eso resulta incomprensible. Luis le pide calma, hábleme lentamente, soy yo. Hay un silencio y entonces aquel ruido va adquiriendo forma.

-...es por la señorita Isaka.

-¿Quién habla?

-Catalina, en Tander.

Y antes de que pueda responder, en un fragmento de segundo, Luis ve la costa del lago, el mar de su infancia, las palmeras de Tander, la frente de su padre, la casa junto a la playa, su casa protegida por la arboleda...

-Murió esta mañana.

...una nube que avanza desde el agua hacia la tierra y envuelve con raros tonos violáceos las ramas, la puerta y el muro. Pero la nube es humo de

un incendio que se agita en espirales y debilita la visión de las ventanas, de la sala y la escalera de cedro. Mientras, la voz adquiere precisión, con inflexiones que enlazan lentamente consonantes y vocales. Dentro del humo surge una mujer pequeña, rellenita, cuyo pelo se levanta histéricamente en puntas de oro; cuyos ojos no miran de frente, restregados por unas manos gruesas y cortas. De pronto la mujer está aquí, en la oficina, a tal punto es nítido lo que dice, entre pausas y algo como una risa, que debe ser llanto.

-La encontraron hace un rato, varada en el puerto. Allí donde a usted le gusta sentarse, entre las piedras. Dice mi papá que usó anoche sus píldoras o las de Eddy y fue a bañarse, pero se quedó dormida. Está ahogada.

La nube se oscurece, traspasa el gran ventanal de la oficina, tapa la fila de mendigos que espera en la calle y atrapa con su atmósfera helada el cuerpo de Luis. Pero éste nada siente; la voz sigue un momento más en el mínimo auricular. Ahora sobre su escritorio bate el mar embravecido de su infancia; el oleaje golpea las paredes; un pez azul o los muslos de una sirena giran dentro de la corriente, se alejan y vuelven. Algo los amenaza, tal vez el grito con que Luis mismo responde a la distancia, y cuyo significado desconoce. Un mundo perdido trata de volver a él, pero ya Luis está recogido en sí mismo, sin pasado.

¿Tander? ¿Qué es Tander en la vida de un hombre? ¿A quién habla esa voz que ya Luis no escucha? Retira el teléfono, el humo se desvanece, aunque un olor a rosas puras se posa en la mano que tiembla un poco. Rosas y fresas de un sueño, una mujer desnuda, un pez de aceite irisado que rechaza las aguas. Qué lejos ha quedado la intrusa, Catalina, la mujercita-animal que apenas sabe hablar; la de voz sin sentido que se estrella contra la claridad del

día aquí, diez de la mañana y unos minutos. Tiempo para que el general Origuen se asome a su puerta y entre con su sonrisa anal:

-Para que firme la carta de despido del licenciado Ochoa.

24

El gobierno ha sido implacable: expulsado de la Compañía con graves acusaciones de malversación y corrupción, Cristóbal Ochoa está amenazado de prisión. Hernández y Ruiz, apenas se supo la noticia, quisieron ofrecerle apoyo, pero el licenciado no lo aceptó. No pudo volver a hablar con Luis Samán y en las filas oficiales se le considera un ejemplo de la severidad y honestidad con que procede el Presidente. Traicionó la limpidez de los planes políticos, merece castigo.

La imagen reproducida en toda la prensa y en la televisión lo muestra desvaído y concentrado, con su mano derecha a la espalda, mirando fijamente hacia ninguna parte.

25

*(Tarde final)*

Luis Samán espera en su discreta mesa, junto al gran salón.

Ha pasado un año, con su asombrosa y feliz sucesión de acontecimientos. Antes –en una tarde similar a esta- Samán se hubiese concentrado en pulsarlos, en recordarlos para hallar cómo unos desembocaban en otros, cómo lo dicho un lunes cualquiera espera su

inesperada correspondencia. Los gestos cotidianos y desapercibidos determinan con frecuencia aquello que será decisivo; y al no poder intuir qué influirá después, cada hecho se nos vuelve insignificante hasta que recibamos su eco. En ese mar de pequeños sucesos ha quedado el año, cuyo transcurso, en lo personal, sólo trae a Luis y a Coro alegrías, seguridad, vida completa.

La mujer ha considerado mantenerse ligada a la Compañía. Sabe que, profesional y políticamente, no hay manera de prescindir de ella. Pero pudo tomar las libertades necesarias para convertirse en asesora con rango mundial. Así, viaja y a la vez permanece dentro de la empresa.

Para Samán la solución fue más sencilla: retomar la idea de la jubilación, ya practicada cuatro años atrás. Es el acompañante perfecto. Coro rechazó la idea del matrimonio, propuesta por él.

-Esas son cosas de otro tiempo, amor. Nada nos impedirá seguir tan unidos como hoy.

Y así es. Los ahorros acumulados en bancos extranjeros o de Caranat les garantizan años de confort. Sobre todo porque esa fortuna es administrada con finura por ella.

-Odio el lujo con que vive la nueva gente del gobierno, Luis –Y Coro ríe- Creo que antes me gustaba ese lucimiento, ahora prefiero que lo que uno tenga esté bien resguardado.

Y están de acuerdo.

Por lo demás, el esplendor de Coro aumenta cada día. La gracia de su cintura, el pecho redondo y firme, su manera de retenerlo dentro de él, embrujan las horas de Luis, como una bendición. El hombre, a una edad en

que podría decirse que ya sus poderes descienden, apenas recurre de vez en cuando a los fármacos actuales. Ella lograr levantar su deseo en búsqueda de sensaciones magníficas. ¿Cómo explicar que, a pesar del tiempo juntos, hacer el amor con su mujer sea siempre un descubrimiento, la fijeza del ensueño renovado?

Desde sus comienzos Luis comprendió que el mundo de la Compañía es una realidad autónoma; que estar dentro de ella impone leyes y ejecuciones propias. ¿Tal vez lo que alguien llamara su idiosincrasia? ¿Podía tener idiosincrasia una empresa? Sí, porque la constituyen sus miembros, como Luis y Coro, como Hernández y Ruiz. Y porque alguien como Origen extiende sus vínculos hasta los más poderosos políticamente. Dentro son una Unidad, que arroja partículas al exterior.

Pero, es curioso, esta tarde hasta la idea misma de la Compañía se vuelve extraña para Luis Samán. Él y Coro han brotado de ella y sin embargo pareciera como si ya nada los atara a ese mundo. Los nutrió, los nutre, pero también son independientes, asentados en unas relaciones planetarias, ilimitadas.

Luis espera a Coro a la entrada del elegantísimo salón de juegos. Los cortinajes tamizan la luz blanca de afuera y en su mesa una copa refulge. Le resulta grato el animado bullicio del salón en contraste con las piezas suaves que el pianista interpreta cerca de él. Su mujer no tardará en bajar, desde la suite en que descansa. La excursión de la mañana lo había estimulado a él, pero Coro prefirió reclinarsse un poco, antes de la festiva noche que les aguarda. Cierto que sus diarias actividades les restan con frecuencia ratos de

intimidad, pero también los rejuvenece. Y la selecta mirada de Coro apunta exactamente hacia donde ambos deben estar para lograrlo.

Para él, la dicha de esta tarde es portentosa, como ocurre cada día. A veces Luis tuvo el impulso de buscar a sus antiguos amigos, pero las avasallantes ocurrencias de Coro lo desplazan: queda envuelto en esta tersa gama de rostros, de familias y políticos en formación; de personas rodeadas, como él y Coro, por un tiempo de florecimiento, de despreocupación. No envidiar, pero desear más, es la clave que Luis se repite y que según él practican todos.

La tarde se oscurece. Alguno de esos hombres jóvenes, divertidos y fuertes, uno de éstos a quienes Coro protegió en Caranat porque surgía de los rescates que Ochoa hiciera en barrios muy pobres, sale del ascensor, se asoma un instante al salón de juegos. Él no puede verlo, pero Luis lo observa, vestido como en una vieja película sobre gente elegante. Le conmueve esta prueba de ascenso social. No recuerda su nombre, pero sí algunos de sus chistes.

En el crepúsculo, afuera, se marcan los perfiles de castillo que distinguen a este actualísimo hotel. Hace una semana que realizan el viaje, de isla en isla; y algunos de los otros amigos también cumplen el itinerario, cosa que los acerca más. Idiomas y costumbres cambiantes en cada lugar; inigualable intensidad de lo inmediato, que borra todo recuerdo de Caranat.

Al beber de su copa enérgica, el ángulo de sus ojos permite a Luis vislumbrar cómo se abre el ascensor y de él brota una verdadera aparición: la gracia vivaz, elástica de su mujer, en cuyos ojos radiantes vivirá siempre la alegría. A su lado podría estar un hombre joven, como el protegido de Ochoa que saliera antes, pero no, Luis es, se cree, el eterno elegido, lo ha sido desde

que se conocieron y es el contraste entre ella y él cuanto los unirá hasta el fin. Algo así imagina sonriendo para sí mismo, demasiado seguro, mientras levanta la mano y la llama.

Ella no lo dirá, pero él siente su pensamiento planear dentro del gran salón:

-Pura gente que florece, que nada necesita, gente como nosotros, Luis, con posesiones y dinero. Somos los siempre nuevos felices de nuestro país.

1998-2006